

DE MOC RA



Magnífica humanitas:

una primera lectura

Rafael Tomás Caldera

El Césped es Verde:

*una rebelión de sentido
común para Iberoamérica*

Julio Borges Junyent

Posverdad y crisis

*de la justicia: del derecho
pilático al derecho orwelliano*

Juan Miguel Matheus

*Una visión general
de Occidente.*

Francisco Del Campo

Cambiar

para permanecer

María Fernanda Villalobos

La rebelión de los pensantes

Daniel Yabrudy

TI ZA CIÓN



Democratización, N° 41
Editores: Paola Bautista de Alemán
y Juan Miguel Matheus
ISSN: 3135-0399
2026

DE MOC RA TI ZA, CIÓN

Magnífica humanitas:
una primera lectura
3 Rafael Tomás Caldera

El Césped es Verde:
una rebelión de sentido común
para Iberoamérica
19 Julio Borges Junyent

Posverdad y crisis
de la justicia: del derecho
pilático al derecho orwelliano
30 Juan Miguel Matheus

Una visión general
de Occidente.
50 Francisco Del Campo

61 Cambiar para permanecer
María Fernanda Villalobos

71 La rebelión de los pensantes
Daniel Yabrudy

Rafael Tomás Caldera

Magnifica humanitas: una primera lectura

1

La primera encíclica del papa León XIV, *Magnifica humanitas*, es un largo documento (245 números), de un contenido rico y complejo, que hemos de procurar recibir.

Incluye principios, reflexiones, experiencias, orientaciones para la acción. En verdad, la riqueza de su contenido exige de nosotros múltiples lecturas y una reflexión compartida.

No se trata, en ningún caso, de imponer nuestros esquemas (como a veces ocurre). Por eso es muy favorable la oportunidad de este primer coloquio.

2

Esta primera encíclica del Santo Padre es una encíclica social, lo cual no puede dejar de llamarnos la atención, porque no es lo usual.

Ha invocado, además, a León XIII y la *Rerum novarum* como un precedente que le sirve de inspiración. De hecho, por eso el nombre asumido a raíz de su elección.

3

Sin embargo, la *Rerum novarum* no fue, por cierto, la primera de las numerosas encíclicas de León XIII.

¿Qué significa, entonces, que el Santo Padre comience con una encíclica social?

- i) La referencia (externa) a la *Rerum novarum* nos da una pista: hay un cambio tecnológico que incide de manera decisiva en la vida de las personas y de las sociedades.
- ii) Esto nos plantea la necesidad de una especial custodia de la persona humana en esta nueva era de la historia humana.
- iii) Ya parecería una razón suficiente: “cada generación —nos dice— recibe como herencia la tarea de dar forma a su propio tiempo”¹.

Lo que añade a continuación, sin embargo, nos sugiere una perspectiva más amplia o, si se quiere, una razón más profunda. Esa tarea consiste en “hacer madurar la historia como un lugar donde se proteja la dignidad de cada persona, se promueva la justicia y se haga posible la fraternidad”².

El Santo Padre nos hace ver —como aparecerá muy claramente a lo largo del documento— que nuestra vida cristiana está entretejida con las circunstancias de lugar y tiempo. No tiene una dirección intimista. Es, ha de ser, una vida interior que no abdica de su responsabilidad de hacer el mundo más humano.

1 León XIV, Carta Encíclica *Magnífica Humanitas*, 1, <https://www.vatican.va/content/leo-xiv/es/encyclicals/documents/20260515-magnifica-humanitas.html>

2 Ídem.

Así, con palabras de Juan Pablo II —que cita en el n. 50— nos sitúa ante la realidad de que “la persona humana permanece siempre como «el camino primero y fundamental de la Iglesia»”³.

“Cimentados en Cristo —añade—, la piedra viva, experimentamos la acción poderosa y misteriosa del Espíritu Santo, y creemos que todo esfuerzo humano auténtico por cooperar con Él en pro del bien será bendecido por el Padre celestial, en quien ponemos nuestra esperanza”⁴.

3

Con esta visión —humana y de fe— no podemos ignorar que “hoy... nos encontramos ante una situación nueva

- i) en la que el poder y la omnipresencia de las tecnologías emergentes se entrelazan con el tejido de la vida cotidiana,
- ii) moldean los procesos de toma de decisiones
- iii) e inciden profundamente en el imaginario colectivo”⁵.

Dirá entonces con el papa Francisco: “Nunca la humanidad tuvo tanto poder sobre sí misma”⁶, lo que —como bien sabemos— significa de inmediato el poder de unos hombres sobre otros, de unos pocos sobre la gran mayoría.

3 Juan Pablo II, Carta encíclica *Redemptor Hominis*, 14.

4 León XIV, Carta Encíclica *Magnifica Humanitas*, 2.

5 Ibídem, 4.

6 Francisco, Carta encíclica *Laudato si*, 104.

La pregunta será por eso: “¿hacia dónde vamos? ¿Hacia qué meta deseamos orientarnos? ¿Qué dirección elegir como comunidad humana y como pueblos”?⁷

4

Será necesario —por ello el recurso a la Doctrina social— discernir “cómo vivir con responsabilidad en la era de la IA”⁸, cómo custodiar la persona humana.

En definitiva, qué caminos seguir para vivir nuestra responsabilidad como cristianos, hombres de fe que buscan en todo el cumplimiento de la Voluntad de Dios.

Digo ‘cristianos’ porque, aunque la encíclica no lleva en su encabezamiento la mención de destinatarios, en el texto el papa exhorta y se dirige a los católicos, fieles laicos, a los cristianos y a los hombres y mujeres de buena voluntad.

5

Nos hemos fijado en que se trata de una encíclica social.

Sin embargo, no deja de llamar la atención que el Santo Padre dedique los dos primeros capítulos —algo más de 70 puntos— a la historia de la Doctrina social —“el camino a través del cual (...) ha ido tomando forma (...) para poner de relieve su carácter dinámico”⁹— y exponer a continuación sus “fundamentos y principios”.

7 León XIV, Carta Encíclica *Magnífica Humanitas*, 6.

8 *Ibídem*, 7.

9 *Ibídem*, 17.

¿Por qué detenerse en una tarea que, en cierta manera, ya estaba hecha?

Aparte del Compendio de la doctrina social de la Iglesia (2004), que el papa cita, hay un documento de la Congregación para la Educación Católica, del 30 de diciembre de 1988, titulado: “Orientaciones para el estudio y la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia en la formación de los sacerdotes”, que contiene un tratamiento del tema similar al que encontramos en la encíclica.

¿Por qué entonces retomar el tema de esta manera?

Me atrevería a sugerir dos razones. La primera, que el Santo Padre quiere hacer evidente el fundamento sobre el cual se apoya para su discernimiento de la situación y de las orientaciones para nuestra tarea. La segunda —en continuidad con la primera— porque quiere llevar esta doctrina a todos los hombres de buena voluntad.

No tan solo porque, como podría suponerse, no es bien conocida por la generalidad sino, sobre todo, porque ve necesaria su aplicación en lo concreto: “deseo (...) ayudar a los fieles laicos y a todas las mujeres y los hombres de buena voluntad a redescubrir la propia tarea de hacer presente en lo cotidiano —en las relaciones familiares, en el trabajo y en la participación social— los principios que voy a señalar, dejándose animar por el propósito de encarnar el amor de Dios en la trama concreta de la historia”¹⁰.

Extiende, además, una invitación “a las academias y universidades a revitalizar tales principios, reconsiderándolos de forma

¹⁰ Ibídem, 47.

que se adapten a los tiempos actuales y sean eficaces para afrontar la revolución digital”¹¹.

Así, hemos de considerar que “la Doctrina social de la Iglesia es una realidad viva, en diálogo con la historia, las culturas y las ciencias y, al mismo tiempo, conserva un núcleo de verdad que no declina. Por eso puede ser considerada una forma de sabiduría capaz de orientar todavía hoy la vida personal y social de los creyentes”¹².

6

El fundamento, como sabemos, será la persona humana, creada a imagen de Dios¹³, cuya dignidad es inalienable y anterior a toda determinación del Estado. Es igual en todas las personas¹⁴ y su prioridad será traducida —en la edad moderna— en la formulación de los Derechos Humanos¹⁵.

La persona está por naturaleza abierta a la relación y al amor, y (como vemos desde la creación misma) necesita del otro “No es bueno que el hombre esté solo”¹⁶ y de la vida social.

Lo resume la *Gaudium et spes*: “La índole social del hombre demuestra que el desarrollo de la persona humana y el crecimiento de la propia sociedad están mutuamente condicionados. Porque el principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y

11 Ibídem, 47.

12 Ibídem, 46.

13 Ibídem, 48-50.

14 Ibídem, 51.

15 Ibídem, 54-58.

16 Gén 2, 18.

debe ser la persona humana, la cual, por su misma naturaleza, tiene absoluta necesidad de la vida social”¹⁷.

Establecido el fundamento, el papa recorrerá entonces los siguientes principios, detallando alguna de sus aplicaciones contemporáneas: el bien común, el destino universal de los bienes, la subsidiariedad, la solidaridad, la justicia social.

Todo lo cual conduce a la noción de un desarrollo integral de la sociedad.

7

En el capítulo tercero aborda directamente el problema de la Inteligencia Artificial en relación con las personas y las sociedades.

Recurre a dos imágenes bíblicas en contraste —la edificación de la torre de Babel y la reconstrucción por Nehemías de los muros de Jerusalén— para preguntarnos enseguida: ¿Qué estamos construyendo?¹⁸.

“Los creyentes debemos y podemos elegir en qué proyecto trabajar y con qué estilo, para custodiar y valorar la magnífica humanidad que nos ha sido brindada como don”. Afirma, pues, la responsabilidad propia, de cada uno, en la construcción de una sociedad más humana y fraterna¹⁹.

En medio de un paradigma tecnocrático —como lo llamó el papa Francisco—, cuando la técnica se vuelve criterio para decidir,

17 Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, 25.

18 León XIV, Carta Encíclica *Magnifica Humanitas*, 90.

19 Cfr. *Ibidem*, 91.

es tomada como medida de las acciones y los proyectos; y frente a la concentración de poder en el mundo digital ²⁰, quiere “recordar algunos elementos esenciales para un discernimiento moral y social que proteja el primado de la persona, con el fin de que sea siempre la inteligencia humana, con su conciencia y libertad, la que guíe las innovaciones técnicas y establezca con responsabilidad su uso y sus límites”²¹.

Propone, enseguida, unas cautelas importantes en el tratamiento del tema: cómo cualquier afirmación sobre la IA corre el riesgo que quedar obsoleta en muy poco tiempo y, por otra parte, cómo todos nosotros, incluidos quienes los diseñan, sabemos muy poco sobre su funcionamiento efectivo²².

A continuación²³ hace una breve comparación con la inteligencia humana donde —podríamos destacar— se percibe la diferencia expresada en el subtítulo de aquel libro seminal de Josef Weizenbaum (*Computer Power and Human Reason: From Judgement to Calculation*, la reducción del juicio (prerrogativa humana) a un cálculo (que la máquina hace bien).

Entonces el uso de la IA “nunca es un hecho puramente técnico” (como cambiar un ábaco por una calculadora) ya que afecta en mucho a la vida, ni podemos considerarla como “moralmente neutra”²⁴, puesto que —al recoger información— no deja de reflejar los enfoques y preferencias de quienes la han diseñado originalmente.

20 *Ibídem*, 96.

21 *Ibídem*, 97.

22 *Ibídem*, 98.

23 *Ibídem*, 99.

24 *Ibídem*, 102-104.

En particular, reviste especial gravedad el desarrollo de las armas relacionadas con la IA: sistema de armas con autonomía operativa, que hacen la guerra más viable y menos sujeta al control humano.

Por ello, el desarrollo y el uso de la IA en el ámbito bélico deben estar sujetos a las restricciones éticas más rigurosas²⁵.

“El juicio moral no se puede reducir a un cálculo: implica conciencia, responsabilidad personal y reconocimiento del otro como persona”²⁶.

Indica entonces tres criterios precisos de discernimiento:

- el primero se refiere a la responsabilidad personal. Cuando la decisión de atacar se automatiza o se vuelve opaca, aumenta el riesgo de que se pierda el sentido de la responsabilidad.
- el segundo criterio se refiere al tiempo del juicio moral. La IA tiende a acortar los tiempos de decisión; pero, en la guerra, las decisiones irreversibles no pueden tener como criterios supremos la rapidez y la eficiencia.
- el tercer criterio es la distinción y la protección de los civiles. Toda tecnología que facilite atacar sin ver el rostro del otro baja el umbral moral del conflicto²⁷.

El papa ha hecho por esto un llamado a ‘desarmar’ la IA: “Desarmar la IA significa sustraerla a la lógica de la competencia armamentística, que hoy ya no es solo militar sino económica y

25 *Ibíd.*, 197.

26 *Ibíd.*, 198.

27 *Cfr. Ibíd.*, 199.

cognitiva. Es la carrera por el algoritmo más eficaz y por el banco de datos más amplio, para consolidar una ventaja geopolítica o comercial sobre todos los demás. Desarmar quiere decir romper esta equivalencia entre poder tecnológico y derecho a gobernar. Desarmar no significa renunciar a la tecnología, sino impedirle el dominio sobre lo humano”²⁸.

Al final de este capítulo, hará referencia a esas “narrativas de fondo” del transhumanismo y posthumanismo, donde en definitiva el ser humano es tratado como materia y, sin embargo, se expresa de manera imperfecta un deseo de trascendencia. Hay, en efecto, un “más que humano” que se encuentra en la gracia de Dios, elevación sobrenatural del hombre. “La tradición cristiana afirma que el ser humano no está encerrado en los límites de la propia naturaleza, sino que está llamado a trascenderse a sí mismo; no para huir de la realidad o despreciar el límite, sino para realizarse en el amor”²⁹.

Y, en ese apartado sobre “el límite, el corazón y la grandeza del ser humano”, afirmará —muy importante, ante el fatalismo de nuestro tiempo— cómo la historia no es solo un catálogo de acciones violentas, sino prueba de que el ser humano sabe fundar instituciones capaces de proteger la vida común³⁰; cómo la historia puede cambiar cuando al menos un solo hombre o una sola mujer se toma realmente en serio la dignidad de todos³¹.

28 *Ibídem*, 110.

29 *Ibídem*, 127.

30 *Ibídem*, 123.

31 *Ibídem*, 124.

El problema de la historia se hará más presente en las reflexiones del capítulo cuarto sobre la custodia de lo humano en la transformación social.

Hace especial referencia a tres líneas de consideración, que atañen a lo muy propiamente humano: la verdad, el trabajo y la libertad.

La consideración de la verdad como bien común toca a la apertura esencial de la persona, capaz de conocer la realidad. Por tanto, capaz de relación con el otro como otro. El impacto de las tecnologías digitales sobre la comunicación merece seria consideración: afecta a la interpretación misma de la vida —las narrativas que alimentan el imaginario colectivo— y tienen un impacto grande en la democracia como forma de vida. El ámbito educativo requiere especial cuidado.

Por el impacto de la IA y las nuevas tecnologías, que “están transformando rápidamente la estructura misma del trabajo” es muy importante proteger la dignidad del trabajo, “dimensión fundamental de la experiencia humana”³².

La libertad, que hace de la persona, como sujeto de sus acciones —causa sui, según la expresión clásica—, capaz del amor y la donación propia en que alcanza su realización personal, se ve seriamente afectada por la revolución digital. Habrá que romper las cadenas de las nuevas esclavitudes. Esta lucha es una “prueba de fuego decisiva para el discernimiento ético de la IA y la transformación digital”³³.

32 *Ibíd*em, 154.

33 *Ibíd*em, 174.

Será entonces necesario recordar “la urgencia de un amplio movimiento de reflexión y acción que sitúe en el centro la dignidad inalienable de todo ser humano y el bien común como fines de la sociedad y como criterios de toda decisión personal, social y política. Sin esta reflexión ética y humanizadora, el creciente poder de los sistemas digitales corre el riesgo de conducirnos hacia nuevas atrocidades, no menos vergonzosas que las del pasado que hoy deploramos, mientras seguimos presentándonos como sociedades «avanzadas» y «civilizadas»”³⁴.

9

En el capítulo quinto, la reflexión iniciada desemboca en el amplio panorama de la confrontación entre la cultura del poder y la civilización del amor.

Son dos lógicas opuestas, ya representadas con las imágenes bíblicas de Babel y la reconstrucción de los muros de Jerusalén, en cuyo fondo se encuentra la doctrina agustiniana de las dos ciudades.

Se está consolidando una cultura del poder, que normaliza la guerra en nombre de un supuesto realismo político y fomenta un desarrollo ilimitado de la fuerza.

Hay en ello una visión distorsionada de la persona y, sobre todo, la consideración de la historia como un campo en definitiva impersonal, donde se abdica de la responsabilidad en nombre de la lógica del poder.

Ante ello, el Santo Padre retoma la expresión de san Pablo VI, civilización del amor, que “consiste en traducir la caridad en

34 Ibídem, 174.

estructuras de justicia, en dar cuerpo institucional a la fraternidad y en considerar al otro —ya sea persona o pueblo— como un aliado necesario para la construcción del bien común”³⁵. En el campo internacional, “el proyecto de la civilización del amor asume (...) la tarea decisiva de transformar esta interdependencia padecida en una solidaridad deseada y elegida”³⁶.

La civilización del amor, visión que debemos recuperar hoy con fuerza, “no es una utopía ingenua, sino un proyecto exigente”³⁷. Acaso podamos decir, con Jacques Maritain, que se trata de un ideal histórico concreto³⁸. Pero hemos de vencer “la tentación de pensar que los problemas son demasiado grandes y nosotros demasiado pequeños (...) Cada uno dispone de un ámbito propio de acción y ahí —no en otro lugar— está llamado a elegir si alimenta la lógica de la fuerza —aunque sea solo con indiferencia, cinismo, mentira y odio—; o si promueve la lógica de la paz —con verdad, sobriedad, cercanía y cuidado—”³⁹.

Trae entonces la cita de *El Señor de los Anillos*, que tanto ha llamado la atención. Ante la perspectiva de la derrota de Gondor y de entregar la vida en el combate, Gandalf dice: “No nos atañe a nosotros dominar todas las mareas del mundo, sino hacer lo que está en nuestras manos por el bien de los días que nos ha tocado vivir, extirpando el mal en los campos que conocemos, y dejando a los que vendrán después una tierra limpia para la labranza”⁴⁰.

35 *Ibídem*, 186.

36 *Ibídem*, 187.

37 *Ibídem*, 186.

38 Ver Jacques Maritain, *Humanisme intégral*, ch. IV, I. Aubier-Montagne, 1968, p. 135.

39 León XIV, Carta Encíclica *Magnifica Humanitas*, 212.

40 *Ibídem*, 213.

En definitiva, “nosotros miramos la historia a la luz del Crucificado Resucitado, a quien el Padre ha dado «todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28, 18)”⁴¹, lo cual nos trae a la conclusión del documento.

Vemos con claridad que el planteamiento del Santo Padre, fundamentado en la doctrina social de la Iglesia y, en tal sentido, parte de la teología moral⁴² avanza para darnos una teología de la historia.

10

“Nos hemos interrogado sobre el mundo que estamos construyendo, preguntándonos qué significa custodiar a la persona humana en el tiempo de la IA. Al final de este camino, deseo entregarles un itinerario de vida cristiana sobrio y exigente con el cual vivir este cambio de época a la luz del Evangelio”.

Detalla: “Es un camino que nace de la contemplación del designio de Dios, vive la unidad eclesial nutriéndose de la Palabra y de la Eucaristía, construye el bien en el mundo y ora junto con la Virgen María”⁴³.

“En el centro está el misterio de la Encarnación: el Verbo se hizo carne y puso su morada entre nosotros”⁴⁴. “Por eso, como creyente entre creyentes, invito a contemplar en el rostro del Hijo una magnífica humanidad que también ilumina la época de la IA”⁴⁵.

41 Ibídem, 210.

42 Cfr. Juan Pablo II, Carta Encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*, 41.

43 León XIV, Carta Encíclica *Magnífica Humanitas*, 229.

44 Ibídem, 231.

45 Ibídem, 232.

“Este rostro humano es la plenitud hacia la que camina la historia. Es el misterio de la recapitulación, la certeza de que el Padre ha establecido recapitular en Cristo —única Cabeza— todas las cosas, las del cielo y las de la tierra⁴⁶. En este designio, nada de lo que es verdaderamente humano se perderá, sino que todo será purificado y reunido en Aquel que recoge cada fragmento de vida, cada lágrima y cada auténtica conquista humana para sustraerlos de la nada y entregarlos, redimidos, al Padre”⁴⁷.

“La espiritualidad que deseo entregar —nos dirá— es la del ‘arquitecto sabio’ que, animado por la esperanza en el Reino de Dios, se compromete a construir el bien en el mundo”⁴⁸.

“Hoy nuestra edificación debe tener como fundamento la relación con Dios, como norma la aceptación del límite humano en cuanto realidad natural y positiva, y como estilo la corresponsabilidad y el lenguaje evangélico”.

“En esta obra estamos llamados a asumir un papel activo, sin refugiarnos en el espiritualismo ni en nuestros pequeños mundos: debemos ser fieles a la verdad, invertir en la educación, cuidar las relaciones, y amar la justicia y la paz”⁴⁹.

Terminemos entonces con el resumen que hace el propio papa: “El cuarto punto de este programa de vida cristiana —después de la fe que contempla el designio de amor del Padre, la caridad que nos une en un único cuerpo eclesial y la esperanza que sostiene

46 Cfr. Ef 1, 10.

47 Ídem.

48 Cfr. I Cor 3, 10.

49 León XIV, Carta Encíclica *Magnifica Humanitas*, 236.

nuestra acción en el mundo— es la oración. El cántico de María acompaña nuestro compromiso”⁵⁰.

“Con la misma fe de María, convirtámonos en tejedores de esperanza en nuestro mundo, compartiendo lo que somos y lo que tenemos, para que la presencia de Jesús crezca entre nosotros y su Reino tome forma (...) el Señor sigue haciendo nuevas todas las cosas y mantiene abierta para cada época la posibilidad de convertirse en historia de salvación a la luz de la Encarnación”⁵¹.

En el ITER, el 10 de junio de 2026

50 *Ibíd*em, 243.

51 *Ibíd*em, 245.

Julio Borges Junyent

El Césped es Verde: una rebelión de sentido común para Iberoamérica

G. K. Chesterton escribió en 1926 una frase que parece haber sido redactada para nuestro tiempo: *llegará un mundo —decía— en el que a un hombre se le gritará por decir que dos y dos son cuatro, se levantará una furia partidista contra quien afirme que las vacas tienen cuernos, se perseguirá como herejía llamar triángulo a una figura de tres lados y se ahorcará al que enloquezca a la multitud con la noticia de que el césped es verde.*

Chesterton no estaba haciendo una simple broma inglesa. Estaba formulando una profecía cultural. Con su ironía habitual, nos advertía que una civilización puede llegar a tal grado de confusión que las verdades más elementales se vuelvan escandalosas. Una época en la que decir lo obvio ya no será un gesto banal, sino un acto de resistencia.

Ese tiempo llegó.

Vivimos rodeados de palabras gastadas. Se habla de libertad mientras crece la dependencia emocional, política y tecnológica. Se habla de verdad mientras se celebra la posverdad como sofisticación. Se habla de derechos humanos mientras se relativizan dictaduras cuando pertenecen al bando correcto. Se habla

de democracia mientras se vacía la cultura democrática que la sostiene. Se habla de amor mientras se multiplican vínculos frágiles, descartables, sin promesa. Se habla de identidad mientras el ser humano se disuelve en etiquetas, marcas, algoritmos y tribus.

El Césped es Verde nace de esa intuición: hay verdades sencillas que necesitan ser defendidas de nuevo. No porque sean nuevas, sino porque han sido olvidadas. No porque sean complejas, sino porque nuestro tiempo se ha vuelto demasiado sofisticado para aceptarlas sin rubor.

El sentido común en terapia intensiva

Nuestro portal nace para rescatar algo que está en terapia intensiva: el sentido común.

Pero no entendemos el sentido común como simpleza, mediocridad o falta de pensamiento. Al contrario. El sentido común es la forma más elemental y más profunda de contacto con la realidad. Es la capacidad de distinguir lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, lo bello de lo feo, lo justo de lo injusto, lo democrático de lo totalitario, lo excelente de lo mediocre.

Parecen distinciones obvias. Pero ya no lo son.

Hoy se nos dice que la verdad depende del relato. Que el bien es una construcción. Que la belleza es una imposición cultural. Que la libertad es hacer lo que uno quiera. Que toda autoridad es opresión. Que toda tradición es sospechosa. Que toda identidad heredada es una cárcel. Que todo límite es violencia.

Frente a esto, queremos volver a mirar la realidad sin pedir permiso.

Decir que el césped es verde es afirmar que la realidad existe antes que nuestros deseos. Que el mundo no empiece con nuestra opinión. Que hay algo fuera de nosotros que podemos conocer, amar, cuidar y perfeccionar. Que la libertad no consiste en inventarlo todo desde cero, sino en responder con inteligencia y responsabilidad a una verdad que nos precede.

Un joven universitario hoy vive en medio de una avalancha de estímulos, ideologías y discursos. Recibe información sin descanso, pero muchas veces no recibe formación. Tiene acceso a todos los datos, pero no siempre a criterios. Puede opinar sobre todo, pero no necesariamente ha aprendido a pensar. Puede estar conectado con miles, pero sentirse solo. Puede tener muchas causas, pero poco sentido.

A ese joven queremos hablarle. No desde arriba. No con sermones. No con nostalgia. Queremos hablarle con respeto y con desafío. Como quien le dice: no estás condenado a repetir consignas. Puedes pensar. Puedes disentir. Puedes buscar la verdad. Puedes tener una voz propia.

Un proyecto iberoamericano

El **Césped es Verde** es un portal iberoamericano. Esa palabra importa. No queremos ser un proyecto encerrado en un país, en una coyuntura o en una pelea local. Queremos construir una red cultural que vaya desde España hasta México, Centroamérica, el Caribe, Colombia, Venezuela, Perú, Chile y Argentina. Una conversación amplia entre orillas que comparten lengua, historia, heridas, desafíos y posibilidades.

Iberoamérica vive una paradoja. Es una región joven, vital, religiosa, creativa, con una enorme reserva cultural y humana. Pero también es una región atravesada por populismos, autori-

tarismos, polarización, corrupción, pobreza, exilio, violencia y desencanto. Tiene juventud, pero muchas veces carece de proyecto. Tiene memoria, pero a veces se deja manipular por relatos. Tiene fe, pero a veces no logra traducirla en cultura. Tiene democracia, pero muchas veces sin los hábitos morales que la hacen sostenible.

Por eso creemos que la batalla cultural no es un lujo. Es una urgencia.

No se trata de repetir etiquetas de izquierda o derecha. Tampoco de construir un refugio ideológico. Queremos convocar a personas distintas, con acentos distintos, desde una base común: la dignidad humana, la libertad responsable, la verdad, la belleza, la justicia, la democracia, la familia, la comunidad, la trascendencia, la cultura como espacio de humanización.

El portal busca unir a intelectuales consagrados, profesores universitarios, periodistas, escritores y jóvenes estudiantes. Queremos que convivan entrevistas a grandes pensadores con textos de jóvenes que están empezando a formular su voz. Queremos que un profesor pueda explicar a Hegel, que una joven pueda leer un cuento de Kipling, que un filósofo hable de belleza, que un crítico comente una serie de televisión, que un estudiante reflexione sobre la esperanza de volver a Venezuela, que alguien explique a Chesterton o a Ratzinger sin convertirlos en piezas de museo.

Esa mezcla es parte de la identidad del proyecto.

Textos cortos, simples y profundos

En nuestro manual de estilo hemos insistido en una idea: escribir para **El Césped es Verde** no es escribir para impresionar, sino para iluminar.

Pedimos textos breves, normalmente de 600 a 900 palabras. Textos claros, con foco, con una idea central, con ejemplos, con ritmo. No queremos papers académicos disfrazados de artículos. Tampoco opiniones rápidas sin sustancia. Queremos algo más difícil: pensamiento serio en lenguaje accesible.

La sencillez no es superficialidad. Es una forma de caridad intelectual.

Un texto del portal debe poder ser leído por un joven universitario en una pausa de su día y dejarle una pregunta viva. Debe sacudirlo un poco. Debe ayudarlo a mirar mejor. Debe abrir una ventana.

Por eso hemos publicado y trabajado textos sobre la **Ventana de Overton**, para explicar cómo lo impensable se vuelve aceptable; sobre la **sociedad líquida** de Bauman, para entender por qué los vínculos se vuelven frágiles; sobre la época de lo **post** —post-moderna, postverdad, postcristiana, posthumana— para preguntarnos por qué una civilización entera parece definirse por lo que ha dejado atrás; sobre **Orwell**, para pensar la vigilancia que ya no está en la pared sino en nuestros bolsillos; sobre **La naranja mecánica** y **La Ola**, para leer el cine como radiografía moral de nuestro tiempo; sobre la belleza, para recordar que una sociedad sin belleza se vuelve más triste y más agresiva; sobre **Paideia**, para recuperar la educación como formación del alma y no como simple capacitación laboral.

También hemos publicado entrevistas a pensadores como Peter Kreeft, Fernando Savater, Montserrat Herrero, Elena Álvarez, Rafael Gómez Pérez y Víctor Hugo Pérez Gallo. En ellas buscamos lo mismo: tomar ideas profundas y convertirlas en conversación viva. Hacer que la filosofía, la política, la fe, la cultura y la vida cotidiana vuelvan a hablarse entre sí.

Un oasis frente al algoritmo

Vivimos en la era del algoritmo. Y el algoritmo no tiene alma. Mide clics, retención, reacción, consumo. Premia lo que indigna, lo que excita, lo que divide, lo que simplifica. No está hecho para conducirnos a la verdad, sino para mantenernos dentro del flujo.

Por eso necesitamos espacios donde escribir, leer y pensar.

El Césped es Verde quiere ser un pequeño oasis. Un lugar donde no todo esté diseñado para el escándalo. Donde el lector pueda detenerse. Donde una canción, una película, una parábola, un ensayo, una entrevista o un dato puedan convertirse en ocasión de pensamiento.

No somos ingenuos. Sabemos que hay que estar en redes. Sabemos que hay que comunicar bien. Sabemos que los jóvenes viven en plataformas digitales. Pero no queremos que el algoritmo defina el alma del proyecto. Queremos usar los medios de nuestro tiempo sin arrodillarnos ante su lógica.

Nuestra pregunta no es solo: ¿cómo llegar a más gente? Nuestra pregunta es: ¿cómo formar mejores lectores, mejores ciudadanos, mejores personas?

La visibilidad sin comunidad se evapora. La comunidad sin verdad se convierte en tribu. La verdad sin lenguaje comprensible se queda encerrada. Por eso necesitamos las tres cosas: alcance, comunidad y profundidad.

Minorías creativas

Joseph Ratzinger habló en varias ocasiones de las **minorías creativas**: pequeños grupos capaces de sostener y renovar una

cultura cuando las mayorías se dejan arrastrar por la inercia. No se refería a élites soberbias ni a grupos encerrados sobre sí mismos. Hablaba de personas y comunidades con suficiente vida interior, claridad moral y creatividad cultural para custodiar lo esencial y hacerlo fecundo de nuevo.

Esa idea anima profundamente a **El Césped es Verde**.

Queremos ser parte de una red de minorías creativas iberoamericanas: jóvenes, profesores, escritores, periodistas, organizaciones, universidades, medios y lectores que no se resignan al nihilismo. Personas que no aceptan que todo sea moda, poder, relato o consumo. Personas que creen que la civilización se sostiene en cosas aparentemente pequeñas: una conversación honesta, una familia que permanece, un profesor que forma, un artículo que ilumina, una comunidad que cuida, una palabra dada, una pregunta bien hecha.

Jorge Luis Borges, en su poema *Los justos*, habla de esas personas que salvan el mundo sin saberlo: el que cultiva un jardín, el que agradece una música, el que prefiere que los otros tengan razón, el que acaricia un animal dormido. Esa intuición es profundamente verdadera. Las civilizaciones no se salvan solo en los parlamentos ni en las cumbres internacionales. También se salvan en aulas, hogares, bibliotecas, conversaciones, revistas, portales, grupos de amigos, comunidades pequeñas que siguen haciendo el bien cuando el mundo parece empeñado en olvidarlo.

Estructura y temas

El portal se organiza en torno a varias líneas de contenido.

La primera es la **filosofía viva**: textos que explican autores, conceptos y problemas sin jerga innecesaria. Queremos hablar de

Platón, Aristóteles, San Agustín, Hegel, Tocqueville, Chesterton, Lewis, Ratzinger, Bauman o Byung-Chul Han como pensadores que todavía nos ayudan a vivir.

La segunda es la **cultura y la literatura**: análisis de cuentos, novelas, poemas, canciones, películas y series. La literatura no es evasión: es una forma de conocimiento moral. Por eso un cuento de H. G. Wells puede ayudarnos a pensar la persuasión; Kipling puede mostrarnos las fronteras invisibles del poder; una película como *La Ola* puede revelar la seducción del extremismo; una canción puede hablar de la herida, el lodo y la esperanza.

La tercera es la **política con alma**: democracia, autoritarismo, populismo, derechos humanos, Estado, poder, libertad. Pero no queremos hacer solo análisis electoral. Queremos ir a la raíz cultural de la política. ¿Qué tipo de persona necesita una democracia? ¿Qué hábitos la sostienen? ¿Qué ocurre cuando la libertad se separa de la verdad? ¿Por qué los extremos se parecen más de lo que creen?

La cuarta es la **vida cotidiana**: familia, amistad, amor, trabajo, tecnología, atención, cansancio, redes sociales, hijos, soledad. Porque ahí también se juega la batalla cultural. No solo en los grandes discursos, sino en cómo miramos el móvil, cómo discutimos, cómo amamos, cómo cuidamos a nuestros mayores, cómo educamos a los hijos, cómo vivimos el silencio.

La quinta es la **entrevista** como género de encuentro. Queremos conversar con quienes piensan distinto, con quienes tienen algo que enseñar, con quienes han dedicado su vida a buscar verdad. La entrevista permite algo que hoy escasea: escuchar.

Alianzas y red

Un proyecto iberoamericano no puede vivir solo. Por eso estamos buscando alianzas con portales, universidades, organizaciones y publicaciones que compartan parte de esta preocupación por la democracia, la cultura y la formación de jóvenes.

Hemos explorado posibilidades de cooperación con espacios como **Diálogo Político**¹, plataforma de la Fundación Konrad Adenauer para el diálogo democrático en América Latina, construida sobre valores como libertad, solidaridad y justicia. También nos interesa colaborar con medios y portales como **El Montonero** en Perú, **La Patilla** en Venezuela, **El Heraldo** en México, **The European Conservative**², que publica sobre filosofía, política, arte y asuntos contemporáneos desde una perspectiva europea, (europeanconservative.com) y con centros como **CEU CEFAS**³ en España, dedicado a la formación y al análisis social desde los principios de la Doctrina Social de la Iglesia.

Junto con organizaciones de la Red por la Verdad y la Libertad, y otras iniciativas cívicas y culturales de Iberoamérica, queremos construir un ecosistema. No una marca aislada. Un espacio de colaboración, circulación de ideas, traducción cultural y formación.

Nuestra ambición es modesta y enorme al mismo tiempo: ayudar a que más jóvenes piensen mejor.

1 <https://dialogopolitico.org>

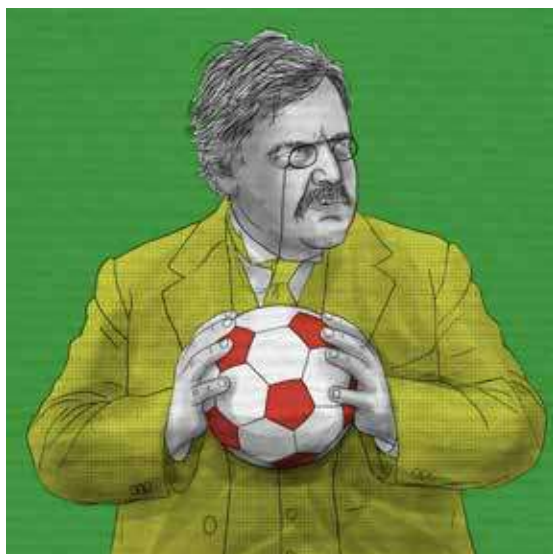
2 <https://europeanconservative.com>

3 <https://cefes.ceu.es>

Una invitación

El Césped es Verde no pretende tener todas las respuestas. Quiere formular mejor las preguntas. Quiere ser un lugar donde la verdad no sea una reliquia, sino una aventura. Donde la libertad no sea capricho, sino responsabilidad. Donde la belleza no sea decoración, sino alimento. Donde la democracia no sea procedimiento vacío, sino cultura moral. Donde la juventud no sea tratada como mercado, sino como promesa.

Invitamos a quienes leen este artículo a entrar, leer, discutir, escribir, proponer, disentir. Necesitamos colaboradores de todos los países iberoamericanos. Jóvenes que quieran contar lo que ven. Profesores que quieran traducir su saber. Escritores que quieran abrir mundos. Periodistas que quieran pensar más allá de la coyuntura. Lectores que quieran dejar de ser espectadores.



Chesterton nos dio la imagen inicial: llegará un tiempo en que habrá que defender que el césped es verde.

Nosotros creemos que ese tiempo es ahora.

Y por eso hemos decidido, con alegría y con sentido de responsabilidad, desenvainar esa pequeña espada del sentido común. No para herir, sino para abrir camino. No para imponer, sino para recordar. No para gritar, sino para decir con serenidad algo que sigue siendo verdadero: que la realidad existe, que la verdad importa, que la belleza salva, que el bien obliga, que la justicia merece ser defendida, que la democracia necesita alma, y que una generación de jóvenes puede volver a mirar el mundo con ojos libres.

Ese es el propósito de **El Césped es Verde**.

Y esa es nuestra invitación.

Juan Miguel Matheus

Posverdad y crisis de la justicia: del derecho pilático al derecho orwelliano

“Pilato le preguntó a Jesús:
«¿Y qué es la verdad?»
Y dicho esto, salió otra vez a donde
estaban los judíos y les dijo:
«Yo no hallo en él ningún delito»”
Juan, 18:38.

“El Partido te ordenaba rechazar
la evidencia de tus ojos y oídos.
Era su orden más esencial”
1984, George Orwell.

El jueves 22 de septiembre de 2011, Su Santidad, Benedicto XVI, se situó en la tribuna de oradores de la Cámara alta del Parlamento alemán. Un lugar transido de cicatrices históricas y un Papa germano. El Vicecristo en tierra —pastor universal de la Iglesia católica— se hacía presente en el templo de la soberanía popular de su país natal. Los símbolos de Dios y el César se aunaban en el mismo recinto civil. La Europa cristofóbica, que durante décadas ha ido en caída libre hacia el secularismo y el nihilismo, se carcomía en expectativas por las resultas de esa sesión parlamentaria. Como era de esperar, el otrora profesor de teología no defraudó.

Habló sin prolegómenos y en pocos minutos. Con la sencillez asistida por el deseo de transmitir la verdad humildemente, el Papa suscitó un examen de conciencia para toda la humanidad: la reflexión sobre el derecho y la fundamentación del derecho en medio de una civilización relativista, positivista y posmoderna. Y, aunque sea imposible desentrañar toda la profundidad de sus palabras en pocas líneas, quiero citarlo de manera extensa para demarcar con claridad las coordenadas morales que animan este artículo. Dijo:

Permítanme que comience mis reflexiones sobre los fundamentos del derecho con un breve relato tomado de la Sagrada Escritura. En el primer Libro de los Reyes, se dice que Dios concedió al joven rey Salomón, con ocasión de su entronización, formular una petición. ¿Qué pedirá el joven soberano en este momento tan importante? ¿Éxito, riqueza, una larga vida, la eliminación de los enemigos? No pide nada de todo eso. En cambio, suplica: “Concede a tu siervo un corazón dócil, para que sepa juzgar a tu pueblo y distinguir entre el bien y mal” (1 R 3,9). Con este relato, la Biblia quiere indicarnos lo que en definitiva debe ser importante para un político. Su criterio último, y la motivación para su trabajo como político, no debe ser el éxito y mucho menos el beneficio material. La política debe ser un compromiso por la justicia y crear así las condiciones básicas para la paz. Naturalmente, un político buscará el éxito, sin el cual nunca tendría la posibilidad de una acción política efectiva. Pero el éxito está subordinado al criterio de la justicia, a la voluntad de aplicar el derecho y a la comprensión del derecho. El éxito puede ser también una seducción y, de esta forma, abre la puerta a la desvirtuación del derecho, a la destrucción de la justicia. “Quita el derecho y, entonces, ¿qué distingue el Estado de una gran banda de bandidos?”, dijo en cierta ocasión San Agustín. Nosotros, los alemanes, sabemos por experiencia que estas

palabras no son una mera quimera. Hemos experimentado cómo el poder se separó del derecho, se enfrentó contra él; cómo se pisoteó el derecho, de manera que el Estado se convirtió en el instrumento para la destrucción del derecho; se transformó en una cuadrilla de bandidos muy bien organizada, que podía amenazar el mundo entero y llevarlo hasta el borde del abismo. Servir al derecho y combatir el dominio de la injusticia es y sigue siendo el deber fundamental del político. En un momento histórico, en el cual el hombre ha adquirido un poder hasta ahora inimaginable, este deber se convierte en algo particularmente urgente. El hombre tiene la capacidad de destruir el mundo. Se puede manipular a sí mismo. Puede, por decirlo así, hacer seres humanos y privar de su humanidad a otros seres humanos. ¿Cómo podemos reconocer lo que es justo? ¿Cómo podemos distinguir entre el bien y el mal, entre el derecho verdadero y el derecho sólo aparente? La petición salomónica sigue siendo la cuestión decisiva ante la que se encuentra también hoy el político y la política misma¹.

Servir al derecho y combatir el dominio de la injusticia es y sigue siendo el deber fundamental del político y es necesario evitar que el Estado sea una gran banda de bandidos... Pero, ¿por qué la cuestión de la fundamentación del derecho? Porque la crisis de la democracia, que atañe por igual a políticos profesionales y a ciudadanos, no puede entenderse plenamente sin analizar la crisis del derecho. Este último ha sido el marco que —naturalmente— ha dado estructura, legitimidad y límites al poder político². En este

1 Benedicto XVI, Discurso ante el Parlamento federal alemán, Berlín: 2011, https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2011/september/documents/hf_ben-xvi_spe_20110922_reichstag-berlin.html.

2 Este asunto ha sido ampliamente estudiado por diferentes autores. Sin embargo, considero importante resaltar el aporte de André Hauriou, para quien el objeto del Derecho Constitucional es “el encuadramiento

artículo me propongo examinar cómo el derecho de la tradición occidental —originalmente fundamentado sin complejos en la antropología filosófica y en la metafísica— ha sufrido un proceso de degradación. En particular, acuñaré y desarrollaré dos conceptos para examinar algunas formas concretas de su descomposición: el *derecho pilático*, que evade la verdad bajo el “dogma” de la neutralidad moral, y el *derecho orwelliano*, que convierte lo jurídico en un instrumento de manipulación ideológica y de dominación totalitaria.

Mi objetivo es desentrañar las causas y consecuencias de estas crisis que se retroalimentan, mostrando cómo la pérdida de cimentación en la verdad y en la justicia ha llevado al vaciamiento del derecho y al debilitamiento del orden democrático. Para ello, el artículo se dividirá en tres partes. Primero, abordaré la crisis espiritual de la democracia y su relación con la crisis del derecho. Luego, definiré qué entiendo por *derecho pilático* y por *derecho orwelliano*, examinando sus características principales. Y a continuación, explicaré cómo se ha producido esta degradación espiritual del derecho, sus efectos en las sociedades y los riesgos que conlleva para la democracia. No plantearé conclusiones porque los problemas aquí tratados permanecerán como cuestiones abiertas a los desafíos éticos de nuestro tiempo.

jurídico de los fenómenos políticos”. Cfr. André Hauriou, *Derecho constitucional e instituciones políticas*, trad. José Antonio González Casanova, Ariel, Barcelona, 1971, 17.

I. Introducción: La crisis espiritual de la democracia y su reflejo en la crisis espiritual del derecho.

1. *La crisis espiritual de la democracia*

La democracia liberal ha sido el modelo político dominante en occidente desde la Ilustración. Su promesa fundamental es la de un sistema basado en la libertad individual, el respeto por la dignidad humana y la búsqueda del bien común a través de instituciones legitimadas por el consentimiento popular y la justicia intrínseca de las leyes.

Sin embargo, en la actualidad este modelo enfrenta una crisis profunda que no puede explicarse únicamente en términos políticos o institucionales. Es una crisis de carácter espiritual, en la medida en que afecta los fundamentos éticos y filosóficos sobre los que se construyó la democracia. Quizás por eso, previendo esta situación, Juan Pablo II señaló que la Iglesia no canoniza la democracia, sino que la valora en cuanto forma de concreción histórica de la justicia³.

Cuando hablo de crisis espiritual quiero hacer referencia a la pérdida de finalidad en la vida política, a la relativización de los valores humanos y al quiebre de la idea de bien común. No a dificultades accidentales en materias técnicas, económicas o de gobernabilidad. Es una crisis de “sentido” que implica dudas sobre las razones por las cuales debe existir la democracia; y cegueras

3 “En todo caso, la ética social católica apoya en principio la solución democrática, porque responde mejor a la naturaleza racional y social del hombre, como ya he dicho. Pero está lejos —conviene precisarlo— de «canonizar» este sistema”. Juan Pablo II, *Memoria e Identidad*, La esfera de los libros, Madrid, 2005, 95.

colectivas sobre qué hacer para crear y mantener un orden político justo⁴.

Uno de los signos más evidentes de esta crisis es la erosión de la noción de verdad en la esfera pública. A lo largo del tiempo el debate democrático ha girado en torno a la deliberación racional y al esfuerzo por alcanzar consensos basados en criterios objetivos de aproximación a la realidad social. Pero en el presente el relativismo ha desplazado este modelo, dando lugar a un clima moral en el que la verdad es considerada una construcción subjetiva y manipulable. Es la “democracia débil”⁵, la del pensamiento débil; todo lo cual ha generado un mar de incertidumbres y ha debilitado la aptitud de las sociedades para resolver conflictos de manera pacífica⁶. La democracia ha caído en una “maraña de relativismo” (*morass of relativism*), como diría Eric Voegelin⁷. O, para ponerlo en términos *straussianos*, se ha empantanado en la tragedia que significa guiar el actuar histórico de un pueblo por meras opiniones —aunque se trate de las de las mayorías— y no por la verdad⁸.

4 Walter F. Murphy, *Constitutional Democracy: Creating and Maintaining a Just Political Order*, Johns Hopkins University Press, Estados Unidos, 2008.

5 Julio Borges Junyet y Javier Ormazabal Echeverría, *La posmodernidad en jaque: un debate entre C.S. Lewis y Gianni Vattimo*, Libros Libres, Madrid, 2023, 299.

6 “A este propósito hay que observar que si no existe una verdad última, la cual guía y orienta la acción política, entonces las ideas y las convicciones humanas pueden ser instrumentalizadas fácilmente para fines de poder. Una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto, como demuestra la historia”, Juan Pablo II, *Centesimus Annus*, n. 46.

7 Eric Voegelin, *Introduction to the New Science of Politics*, University of Chicago Press, Chicago, 1952, 14.

8 Leo Strauss, *What Is Political Philosophy?*, University of Chicago Press, Chicago, 1959, 343.

Otro aspecto fundamental de esta crisis es la transformación del concepto de libertad. Mientras que en la tradición clásica y liberal la libertad estaba vinculada a la responsabilidad y a la obligación ciudadana de participar de la búsqueda del bien común, hoy se la ha convertido en una noción subjetiva que a menudo se entiende como una licencia para actuar sin restricciones ni referencia a normas objetivas de justicia. Se trata de una distorsión de la libertad —libertinaje de izquierdas y/o de derechas— que ha contribuido a la atomización individualista de las sociedades, a la huida de lo público y a una honda pérdida de identidad cívica que debería ser compartible entre conciudadanos de las democracias occidentales.

La tercera expresión de esta crisis a la cual quiero hacer referencia es la desnaturalización de la justicia. Aquí basta decir que en la democracia de los tiempos que corren la justicia es —como diría impudicamente Trasímaco en el libro I de la República de Platón— “lo que conviene al más fuerte”, es decir, al gobernante (poder), que nunca se equivoca en su voluntad de dominación⁹.

Y como es evidente, una democracia con la verdad, la libertad y la justicia desdibujadas está condenada a la enfermedad espiritual...

2. La crisis espiritual del derecho

La crisis espiritual de la democracia no es un fenómeno aislado. Está directamente vinculada con (y le da vida a) la crisis espiritual del derecho. Como he señalado antes, el derecho ha sido, es y será el marco normativo e institucional que ha permitido

9 La cita es: “La justicia es lo que conviene a los más fuertes para su propio beneficio”. Platón, *La República*, trad. José Ortega y Gasset, Editorial Gredos, Madrid, 1954, 147.

a las democracias funcionar con racionalidad jurídica, de manera predecible¹⁰ y protegiendo moralmente a los más débiles. No ha sido un mero conjunto de normas ni textos escritos, sino de un sistema de directrices práctico-prudenciales diseñadas para hacer posibles la justicia, la estabilidad cívica y la protección de los derechos humanos.

Sin embargo, el derecho ha sido gradualmente vaciado de contenido. Una democracia relativista requiere como causa instrumental suya un derecho relativista. Por eso, se lo ha convertido en un instrumento formal, utilizado para justificar cualquier decisión política bajo los pretextos de la adecuada aplicación de procedimentalismos positivistas y de la necesaria prevalencia de las mayorías. Todo lo cual le ha generado al derecho una privación —por no decir castración— de sus fuentes de legitimidad material y natural.

Es por ello por lo que, en este contexto, es fundamental analizar cómo ha evolucionado el derecho desde sus concepciones clásicas hasta su actual estado de crisis. Ello permitirá comprender mejor las causas de la degradación del derecho y explorar posibles soluciones para recuperar su papel como columna vertebral de una democracia no relativista, sana espiritualmente.

10 Tom Ginsburg y Aziz Z. Huq, *How to Save a Constitutional Democracy*, University of Chicago Press, Chicago, 2018.

II. Derecho pilático y derecho orwelliano.

Definiciones y características

1. Derecho pilático: *evasión de la verdad y neutralidad moral.*

Acuñando el rótulo derecho pilático aludo a Poncio Pilato, el gobernador romano de Judea que, ante su propia pregunta sobre qué es la verdad, prefirió lavarse las manos y dejar a cargo de la multitud la decisión sobre la muerte de Barrabás o Jesús de Nazaret.

En términos jurídicos, este modelo de derecho se caracteriza por una actitud de indiferencia ante la verdad y la ética, y ni hablar de la metafísica... Parte de la idea de que el derecho no debe comprometerse con ninguna concepción objetiva de verdad y bien, sino limitarse a regular los procedimientos para la toma de decisiones políticas y para el surgimiento de la voluntad suprema de las mayorías. Pretende ser neutral en cuestiones valóricas y ha sido defendida a ultranza por pensadores del positivismo jurídico.

En este sentido, es bien conocido que hace más de noventa años, en el lejano 1934, se publicó el libro *Esencia y valor de la democracia*, de Hans Kelsen. El texto recoge un par de artículos que son el *súmmum* del pensamiento kelseniano sobre la democracia y sobre la filosofía que, en su criterio, debe animar a todo sistema democrático y constitucional. Dice:

(...) si se declara que la verdad y los valores absolutos son inaccesibles al conocimiento humano, ha de considerarse posible al menos no solo la propia opinión sino también la

ajena y aun la contraria. Por eso, la concepción filosófica que presupone la democracia es el relativismo¹¹.

Y continúa:

En el capítulo XVIII del Evangelio de San Juan se describe un episodio de la vida de Jesús. El relato sencillo, pero lapidario en su ingenuidad, pertenece a lo más grandioso que haya producido la literatura universal, y, sin intentarlo, simboliza de modo dramático el relativismo y la democracia. Es en el tiempo de la Pascua, cuando Jesús, acusado de titularse hijo de Dios y rey de los judíos, comparece ante Pilato, el gobernador romano. Pilato pregunta irónicamente a aquel que ante los ojos de un romano solo podía ser un pobre loco: «¿Eres tú, pues, el rey de los judíos?». Y Jesús contesta con profunda convicción e iluminado por su misión divina: «Tú lo has dicho. Yo soy un rey, nacido y venido al mundo para dar testimonio de la verdad. Todo el que siga a la verdad oye mi voz». Entonces Pilato, aquel hombre de cultura vieja, agotada, y por esto escéptica, vuelve a preguntar: «¿Qué es la verdad?». Y como no sabe lo que es la verdad, y como romano está acostumbrado a pensar democráticamente, se dirige al pueblo y celebra un plebiscito. Se presentó ante los judíos, y les dijo: «No encuentro culpa en él. Pero es costumbre que en la Pascua dé libertad a un reo. ¿Queréis, pues, que deje libre al rey de los judíos?». El plebiscito fue contrario a Jesús. Gritando contestaron todos: «¡No a él, sino a Barrabás!». El cronista añade: «Barrabás era un malhechor». Tal vez los partidarios de la autocracia objetarán que precisamente este ejemplo dice más en contra que en favor de la democracia. Objeción digna de respeto, si bien con una condición: que ellos por su parte

11 Hans Kelsen, *Esencia y valor de la democracia*, Editorial Labor, Barcelona y Buenos Aires, 1934, 156.

se hallen tan convencidos de su verdad política —dispuestos si fuese preciso a sellarla con sangre— como lo estaba de la suya el Hijo de Dios¹².

Sin embargo, esta supuesta neutralidad es en sí misma una toma de posición. Al evitar pronunciarse sobre cuestiones fundamentales de justicia, el *derecho pilático* deja el camino abierto para que el poder político imponga su propia visión del mundo sin ningún tipo de limitación. En otras palabras, el derecho se convierte en un instrumento de injusticia al servicio de quienes ejercen el poder.

Pero también es bien conocido que, más de sesenta años después de las aseveraciones de Kelsen, otro germanohablante llamado Joseph Ratzinger argumentó críticamente sobre esta cuestión para ilustrar la tragedia de una democracia constitucional hueca de valores:

El jurista austriaco [Kelsen], padre del positivismo político y paladín de la posición relativista, expone su opinión al comentar un texto evangélico: el pasaje del Evangelio de San Juan en que Pilato pregunta a Jesús: «¿Qué es la verdad?» (Juan 18,38). La interrogación de Pilato es una pregunta solo en apariencia. En realidad, es una respuesta rotunda que se podría formular así: la verdad es inalcanzable. La prueba de ello está en que no espera contestación, sino que se dirige a la multitud para que decida con su voto un difícil problema. Pilato expresa con esa maniobra el necesario escepticismo del político, que ha de ser desconfiado, incrédulo, indiferente, desinteresado y frío. Su credo es no creer en nada: ni en la verdad ni en el bien ni en la justicia. Al proceder como lo hace, Pilato se comporta como perfecto demócrata. El

12 Hans Kelsen, *Esencia y valor de la democracia*, 158-159.

perfecto demócrata debe encogerse de hombros —o lavarse las manos— ante los dilemas morales y trasladárselos a la mayoría, que es fuente, origen, principio y raíz del valor. Figura ejemplar de la democracia relativista y vacía: eso es Pilato. Como tal desdén apoyarse en la verdad o en el bien. Su único sostén son los procedimientos. A Kelsen no parece inquietarle que el demócrata Pilato, que obra con pulcra exquisitez democrática, sin remilgos morales, se lleve por delante la vida de un inocente. Como no existe más verdad ni más bien que los de la mayoría, carece de sentido preguntarse si son justos o legítimos. Para mandar a un justo a la muerte tan solo hace falta contar con el beneplácito mayoritario, es decir, tener apoyos suficientes. Kelsen llegó al extremo de defender la necesidad de imponer, con sangre y lágrimas si hiciera falta, la certeza relativista. Es preciso creer firmemente en la necesidad de no creer en nada. He ahí el superficial imperativo democrático¹³.

El contraste de las citas transcritas es abrumador. Confronta dos visiones éticas de la vida humana y de la convivencia política. Por ahora basta decir que ambas dan cuenta de la crisis espiritual tanto de la democracia como del derecho, también en su versión *pilática*. Kelsen lo hace de manera patológica, justo antes de que se verificaran las más devastadoras consecuencias del relativismo moral en Europa: los totalitarismos nacionalsocialista y comunista. Ratzinger lo hace desde la experiencia práctica —con el peso histórico de las heridas causadas por los totalitarismos— y con aspiración terapéutica y de prescripción ética hacia el futuro de la humanidad.

13 Joseph Ratzinger, *Verdad, valores, poder. Piedras de toque de la sociedad pluralista*, Ediciones Rialp, Madrid, 1995, 28-29.

2. Derecho orwelliano: manipulación ideológica del derecho.

El *derecho orwelliano* representa un grado extremo de corrupción del derecho: este se transforma en instrumento para el control ideológico de la persona humana. Con este término hago referencia a la obra 1984 de George Orwell, en la cual el lenguaje y la realidad son manipulados para consolidar el poder de un régimen totalitario¹⁴. En este contexto, el *derecho orwelliano* distorsiona la razón jurídica y además impone una visión única del mundo, suprimiendo cualquier disenso y legitimando la restricción de libertades fundamentales —de una manera gnóstica, como diría Francisco Plaza en su profundo *texto El silencio de la democracia*¹⁵— en nombre del “bien humano”, del “bien común” o de la “democracia”. El *derecho orwelliano* es el de Hitler, Stalin y los sistemas totalitarios.

A diferencia del *derecho pilático*, que evade la verdad y se escuda en la neutralidad moral, el *derecho orwelliano* va un paso más allá: construye una “nueva” verdad jurídica, reinterpretando conceptos esenciales como “justicia”, “derechos humanos” y “libertad” para adaptarlos a una agenda ideológica determinada. En este proceso, el derecho es un medio de ingeniería social diseñado para moldear la sociedad conforme a un constructo de cosmovisión previamente establecido. Es la muerte de la metafísica en la vida social.

Este fenómeno se manifiesta en democracias contemporáneas, en las cuales el derecho ha sido utilizado, por ejemplo, para

14 George Orwell, 1984, trad. Rafael Vázquez Zamora, Ediciones Destino, Barcelona, 2003.

15 Este tema ha sido ampliamente tratado por Francisco Plaza, *El silencio de la democracia*, Los Libros de El Nacional, Caracas, 2011.

restringir la libertad de expresión, de conciencia y de asociación, bajo el pretexto de combatir discursos “peligrosos” o “antidemocráticos”. Mediante este mecanismo, la ley deja de servir como garante del pluralismo y se convierte en un arma de exclusión y represión. Cualquier postura que no se ajuste a la narrativa oficial es silenciada, censurada o incluso criminalizada, con el argumento de que representa una amenaza al orden y pluralismo democráticos. Y por supuesto, todo el poder institucional y coercitivo del Estado se decanta en esa dirección violatoria de la conciencia de la persona humana; siendo esto una realidad en muchas de las “potencias constitucionales” de la actualidad.

2.1. La manipulación del lenguaje jurídico y su impacto en la sociedad

Una de las características fundamentales del *derecho orwelliano* es la manipulación del lenguaje jurídico. En 1984, George Orwell describe el concepto de *neolengua*: una estrategia de enajenación de la realidad mediante la cual el régimen dominador transforma el significado de las palabras para consolidar su poder y alienar toda conciencia humana.

En el ámbito jurídico, esto se traduce en la redefinición de principios fundamentales de la tradición constitucional. Términos como “igualdad”, “tolerancia”, “derechos humanos” o “democracia” dejan de tener un significado objetivo y se reinterpretan en función de la ideología dominante. Son lo que favorezca al poder. Por ejemplo, en muchos países, se ha redefinido el concepto de derechos fundamentales para incluir nuevas categorías de derechos basados no en la naturaleza humana, sino en constructos ideológicos. Sobre esto profundizaré más adelante.

Además, esta manipulación del derecho afecta la esfera jurídica y también se extiende a la educación, medios de comunica-

ción y la cultura, creando un pensamiento único “protegido y garantizado constitucionalmente”. En este sentido, el derecho orwelliano busca moldear leyes, pero sobre todo echar mano de las conciencias estableciendo un modelo de ciudadano “ideal” que debe ajustarse a narrativas oficiales. Es una manera distorsionada de sortear el viejo dilema aristotélico sobre cómo alcanzar el mejor régimen de gobierno en el cual coinciden en un mismo ser humano el buen hombre y el buen ciudadano¹⁶.

2.2. El derecho como instrumento de control social

En el *derecho orwelliano* las constituciones y las normas se convierten en elementos para legitimar la expansión del Estado sobre la vida privada y social de los ciudadanos¹⁷. Esto se observa en diversas mentiras públicas que, bajo la apariencia de promover derechos o “visiones de Estado”, imponen restricciones a las libertades individuales.

Por ejemplo, en ciertas democracias contemporáneas se han aprobado legislaciones que limitan la libertad de expresión, restringen el debate público y generan autocensura, conduciendo a que los ciudadanos prefieran guardar silencio antes que ser castigados por la maquinaria punitiva del Estado.

16 Leo Strauss, *What Is Political Philosophy?*, University of Chicago Press, Chicago, 1959, 356.

17 “En la medida en que la sociedad civil o cuerpo político se ha ido diferenciando más perfectamente del reino espiritual de la Iglesia —proceso que no es sino el desarrollo de la distinción entre lo que es del César y lo que es de Dios”, Jacques Maritain, *El hombre y el Estado*, trad. José Luis López, Ediciones Rialp, Madrid, 1951, 129.

Otro aspecto preocupante del *derecho orwelliano* es su impacto en el sistema educativo. En lugar de fomentar el pensamiento crítico y el pluralismo, muchas instituciones educativas han adoptado programas de enseñanza diseñados para inocular una visión específica de la sociedad, excluyendo cualquier perspectiva alternativa, y todo esto sin respetar, por ejemplo, el derecho natural de los padres a disponer las coordenadas esenciales de la educación de sus hijos. De este modo, la educación es adoctrinamiento, nunca formación ni liberación intelectuales: es la creación de un hombre nuevo¹⁸.

Por último, el *derecho orwelliano* tiende a concentrar el poder en órganos supuestamente independientes, como tribunales constitucionales u organismos internacionales, que actúan —por llamarlos de alguna manera— como árbitros ideológicos. Se les emplea para que grupos de “ideólogos” no electos, que imponen su visión del mundo sin contar con un verdadero respaldo popular, adopten decisiones clave sobre la vida social y política de las naciones. Sobre esto volveré posteriormente.

2.3. Consecuencia última del derecho orwelliano: *la democracia como ficción jurídica.*

El resultado final de este proceso orwelliano es la transformación de la democracia en una ficción jurídica. Los ciudadanos pueden votar, pero sus decisiones no afectan el destino de las naciones. Se mantiene la estructura formal del sistema democrático —elecciones, parlamentos, tribunales— pero el debate político se reduce a una simulación en donde todas las opciones están previamente condicionadas por la ideología imperante y por lo “políticamente correcto”. La democracia se convierte en una

18 Rafael Tomás Caldera, *La formación intelectual*, Editorial Monte Ávila, Caracas, 1977, 15–21.

fachada que encubre un sistema de pensamiento único, tanto más monolítica cuanto más poder tenga acumulado el Gran Hermano de turno (político, económico, cultural, de medios de comunicación).

El *derecho orwelliano* es el punto final de una larga degradación del derecho. Comienza con el *derecho pilático*, que relativiza la verdad, y culmina en un sistema en donde la verdad jurídica es construida según las necesidades del poder para controlar la conciencia y la conducta de los ciudadanos. E, incluso, para contrabandear el cambio de un régimen democrático a uno autocrático.

III. La degradación espiritual del derecho.

El tránsito del derecho en su perspectiva clásico al *derecho pilático*, y de este al *derecho orwelliano*, representa una degradación que es de naturaleza espiritual porque implica la pérdida de los principios fundamentales que dan sentido al orden político y jurídico, causando diversos problemas tales como: (i) el vaciamiento del derecho y la pérdida de su legitimidad, (ii) la erosión de la identidad cultural de las naciones y la fragmentación social, y (iii) el riesgo del autoritarismo.

1. El vaciamiento del derecho y la pérdida de su legitimidad

Uno de los principales efectos de esta degradación es el vaciamiento del derecho. A medida que el derecho se desvincula de la justicia se convierte en violencia¹⁹. Pierde su capacidad para generar legitimidad política y garantizar la estabilidad social.

19 “Las leyes humanas tienen fuerza de ley en tanto en cuanto se derivan de la ley natural. Pero si en algún punto una ley humana se aparta de la ley natural, ya no será ley, sino corrupción de la ley”, Santo Tomás de

El derecho deja de ser un mecanismo de protección de la dignidad humana y pasa a ser un medio de imposición de poder, ideología, agendas, mentiras... Y esto, como es de esperar, genera desconfianza en las instituciones y debilita el Estado de derecho: los ciudadanos dejan de creer en la imparcialidad del sistema jurídico.

En una sociedad donde el derecho ha sido vaciado de contenido, se produce una crisis de legitimidad que puede desembocar en la radicalización de los conflictos políticos y en el colapso del orden democrático. Sin una base objetiva de justicia, lo jurídico se convierte en un campo de batalla en el que diferentes grupos buscan imponer su voluntad sin referencia a principios universales y, ni siquiera, al sentido común. Se pierden las capacidades de alcanzar centro y consensos²⁰.

2. La erosión de la identidad cultural y la fragmentación social

Otro efecto de la degradación del derecho es la erosión de la identidad cultural de las sociedades democráticas. Como es lógico, el derecho es un reflejo de la cultura y los valores de una comunidad política determinada. Sin embargo, cuando el derecho es utilizado como ingeniería de dominación social, se convierte en

Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q. 96, a. 4, trad. Padres de la Provincia Dominicana Inglesa, Benziger Brothers, Nueva York, 1947.

20 “Solo derrotando a los regímenes autocráticos ocurre que las sociedades tienden, bajo una suerte de intuición cívica, a ordenar la convivencia humana en torno a la Constitución, la concordia, el centro y el consenso”, Juan Miguel Matheus, entrevista por Isabella Sanfuentes, “El cambio político en Venezuela apunta a dos tareas en paralelo: alcanzar la democracia y reconstruir las capacidades del Estado,” *Democratización*, Año 6, n.º 32, diciembre 2024, 8.

un factor para destruir las tradiciones y los valores que sostienen históricamente a las sociedades.

El *derecho orwelliano*, en particular, se caracteriza por la promoción de políticas que buscan redefinir los principios fundamentales sobre los que se ha construido la cultura de un pueblo. Esto incluye la eliminación de referencias a la historia y a la identidad nacional en los textos e interpretaciones constitucionales y jurídicas; o la adhesión de nuevos elementos falsos o artificiales que se pretenden insertar ficticiamente como parte de la historia²¹.

Y esta erosión de la identidad cultural genera fragmentación social porque destruye los lazos que unen a los ciudadanos en una comunidad política. Sin una base compartida de valores y principios, la sociedad se fragmenta en una multitud de grupos con visiones opuestas del mundo, lo que dificulta la convivencia y el diálogo democráticos. Es una pérdida de memoria e identidad, como advertía Juan Pablo II²².

3. El riesgo del autoritarismo

Finalmente, la degradación del derecho lleva a una crisis de la democracia, en la medida en que debilita los principios que garantizan su estabilidad. Cuando el derecho es para el poder y no lo

21 El cambio de retratos de Simón Bolívar por Hugo Chávez en algunos espacios oficiales de Venezuela ha sido un tema de debate y simbolismo político. Este cambio se realizó durante el gobierno de Chávez como parte de su proyecto de la Revolución Bolivariana, buscando resaltar su visión de continuidad histórica entre Bolívar y su propio liderazgo. El retrato de Bolívar, tradicionalmente presente en instituciones públicas, fue reemplazado en algunos casos por imágenes de Chávez. Ver: "Develan versión digital del rostro de Simón Bolívar," *BBC News Mundo*, 24 de julio de 2012, accedido el 26 de marzo de 2025, https://www.bbc.com/mundo/ultimas_noticias/2012/07/120724_ultnot_bolivar_rostro_mr.

22 Juan Pablo II, *Memoria e Identidad*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.

contrario, y cuando el poder tiene primacía sobre la verdad y la justicia, se abren las puertas al autoritarismo²³.

Los sistemas democráticos solo pueden funcionar si existen límites objetivos al ejercicio del poder²⁴. Sin embargo, en un contexto de derecho pilático u orwelliano, estos límites desaparecen, lo que permite la consolidación de regímenes que, aunque mantienen la apariencia de democracias, funcionan en la práctica como sistemas autoritarios; y —lo que es peor— algunos de ellos pueden ser consentidos por los ciudadanos y gozar de altos niveles de popularidad²⁵.

En estas circunstancias, las elecciones y las instituciones (el parlamento, los tribunales, etc.) se convierten en variables de validación de injusticias que son expresiones de vacíos existenciales y espirituales de la democracia.

23 “Santo Tomás Moro es venerado como ejemplo imperecedero de coherencia moral. Y también fuera de la Iglesia, especialmente entre los que están llamados a dirigir los destinos de los pueblos, su figura es reconocida como fuente de inspiración para una política que tenga como fin supremo el servicio a la persona humana”, Juan Pablo II, *E sancti Thomae Mori*, Carta Apostólica en forma de *Motu Proprio* para la proclamación de santo Tomás Moro como patrono de los gobernantes y de los políticos, 31 de octubre de 2000, n. 1, https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/motu_proprio/documents/hf_jp-ii_motu-proprio_20001031_thomas-more.html

24 “El Estado tiene el deber de vigilar y dirigir el ejercicio de los derechos humanos en el ámbito económico; sin embargo, no debe sustituir a la iniciativa de los individuos, sino más bien garantizar que esta se desarrolle en un marco de justicia y solidaridad, Juan Pablo II, *Centesimus Annus*, n. 47.

25 “El éxito del totalitarismo depende de su capacidad para movilizar a las masas, no como individuos con intereses propios, sino como una entidad homogénea, moldeada por la propaganda y el terror”, Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, trad. Guillermo Solana, Alianza Editorial, Madrid, 2006, 57.

Francisco Del Campo

Una visión general de Occidente

¿Qué necesita una nación para salir adelante? Puntualmente, ¿qué necesitan las naciones occidentales hoy en día? Más precisamente, ¿qué necesitan nuestras naciones hispanoamericanas?

Nos encontramos al inicio de este milenio ante un Occidente diezmado: dividido entre guerras, pero principalmente vaporeado y desorientado en su identidad¹. Cuando nos acercamos a las problemáticas de nuestros países americanos, vemos, además, que padecemos no solamente los dolores propios de una cultura denostada, sino también los dolores de una pobreza estructural que impacta en millones de personas². Son muchos los desafíos, en este contexto, que requieren abordarse en un país americano para que pueda resurgir, salir adelante. Pero quiero detenerme en

-
- 1 Vemos también una Europa menos laica, pero no más cristiana, sino más bien islamizada. Esto genera reacciones culturales que, sin embargo, no terminan de constituir —al menos por ahora— un verdadero renacimiento espiritual de la fe católica.
 - 2 ¿Cómo puede ser que en países de mayoría católica tengamos tanta injusticia? ¿Qué es eso, sino incoherencia personal de sus dirigentes y ciudadanos? Esto ocurre cuando se vive la fe como un adhezco dominical, y no como fermento del corazón que transforme toda la vida del hombre.

un aspecto que es transversal a todo Occidente, y que, considero, es la causa raíz de todos los otros males: su vida espiritual.

Es que nuestros países se encuentran en este momento haciendo un viraje cultural y político. Venimos de décadas donde políticamente han predominado no solamente gobiernos de izquierda, sino, además, una cosmovisión donde ha primado una visión con tendencia colectivista, donde el Estado ha tenido un papel central en la vida política y cultural de los países. Los fracasos económicos, sociales y morales que ha tenido la izquierda en América se trasladaron a la política. Los resultados políticos de los últimos tres años (en Argentina, Bolivia, Chile, los fallidos casos de Ecuador, los eventuales resultados de Colombia, etc.) han dado cuenta de este viraje hacia la derecha o centroderecha en lo político. Y qué decir de lo cultural: las redes sociales han dado voz a pensadores que no tenían espacio en los medios tradicionales de comunicación. Esto ha llevado a que puedan amplificarse cosmovisiones que neutralizaron —e incluso contrarrestaron— la presencia de mensajes en el debate público que las pautas estatales conseguían instalar con facilidad a través de los medios de comunicación tradicionales.

Ahora bien, una cosa es constatar este viraje cultural y político, cosa bastante evidente hoy, y otra cosa es pensar en cómo es ese viraje: ¿se da de la mejor manera? ¿Se da de una manera sostenible? ¿Se da de una manera que pueda reconstruir países diezmados, tanto en lo moral como en lo social, económico, institucional, etc?

Aquí es donde creo que la respuesta y la salida de nuestros países no puede ser únicamente política, ni cultural o social. Necesita ser espiritual. Y voy a realizar este acercamiento desde aspectos que veo personalmente, y también acompañado del pensamiento de un personaje muy querido por mí: me refiero a

Emmanuel Mounier, padre del personalismo comunitario, y quien fue un gran difusor de las ideas personalistas en el siglo XX, sobre todo por su incansable labor y particularmente por su testimonio.

Quiero hacer, entonces, algunas reflexiones sobre los aportes de la espiritualidad en el debate actual, algo tan extraño como necesario, presentando algunos aspectos de Mounier que creo que son proféticos para nuestros tiempos, y por qué es un autor que tiene una gran vigencia para los problemas de nuestras naciones.

Mounier y su tiempo

Propongo que nos acerquemos al pensamiento y figura de Mounier. La mayoría de las biografías de Mounier resaltan su testimonio de vida antes su pensamiento. Es que Mounier no se preocupó por generar un sistema cerrado de pensamiento. Murió joven (1905-1950), y no llegó a lograr una síntesis conceptual. Pero su testimonio resultó —y resulta hoy en día— inspirador para muchos. Nació en un pequeño pueblo de Francia, Grenoble. Vivió las dos grandes guerras, la revolución comunista, la crisis del 29. Vivió también el contexto de una Francia laicizada, en medio del surgimiento de los totalitarismos de izquierda y de derecha, en un ambiente donde reinaba una cultura materialista e individualista. En ese complejo contexto, fundó la revista «Esprit» en 1932, un foco de reflexión y difusión de las ideas personalistas, mostrando un gran compromiso en reflexionar ante los distintos sucesos contemporáneos, entrando en diálogo con intelectuales de cosmovisiones muy distintas: católicos, marxistas, judíos, anarquistas, etc. Buscaba reflexionar y difundir el personalismo comunitario, el cual expresa una visión del hombre, único e irrepetible, pero que no se realiza de manera individual, sino con otros.

Mounier buscaba formar una comunidad de pensadores que pongan en el centro a la persona humana por sobre las lógicas

colectivistas que resaltaban el papel del Estado y por sobre el individualismo acentuado por las lógicas del mercado. Para Mounier, ni el Estado, ni el mercado, sino la persona humana debe estar en el centro de la reflexión y la acción de una sociedad. Poner en el centro a la persona humana, no sola, de manera aislada o individualista, sino con otros. Con otros, no de manera colectivista como los totalitarismos de izquierda y de derecha.

Aquí es donde el lector puede vislumbrar por qué un autor como Mounier puede aportar algo de luz en el debate actual. Hoy nos encontramos en un debate entre el rol que debe tener el Estado y los límites que debe tener la libertad individual. Los debates en medios y en redes se polarizan entre la presencia que debe tener el estado y la libertad que requiere el mercado. Nos debatimos, depende de donde nos paremos, entre un “estado presente” y un “mercado salvaje”, o entre un “mercado que pide libertad” ante un “estado gigante y opresivo”.

Mounier, ante el endiosamiento del Estado que proponían los colectivismos de izquierda y de derecha, en sus distintas versiones, y el endiosamiento del Mercado por parte de quienes promulgaban un liberalismo de corte más individualista, propone algo que sigue siendo profundamente actual: poner a la persona humana en el centro, pero no de manera aislada, sino en comunión con otros. Esto es, la sociedad no permite el florecimiento de las personas y la sociedad allí donde los colectivismos anulan la persona en pos de una estructura que lo abarca todo, y donde el sujeto concreto desaparece y se inmolaba por una idea general y abstracta. La dignidad de la persona, única e irrepetible, no puede ser excusa u ocasión para un “bien mayor”. Es un fin en sí misma. Por otra parte, esta unicidad de la persona no debe llevarnos a concebirla de una manera individualista. La persona no se realiza sola, sino en comunión con otros. Ser únicos no significa ser individualistas.

Ahora bien, este “poner en el centro a la persona” no consiste en un debate ideológico ni político. Es más bien una revolución espiritual. No consiste tanto en un programa político, cultural o económico (aunque pueda cristalizarse en estos ámbitos). El problema de Occidente, para Mounier, es más bien espiritual. Y es desde allí de donde debe venir el cambio. Por eso, si queremos sanar de raíz la sociedad, necesitamos cambiar las estructuras, pero no tanto por “este” o “tal otro” sistema, sino, ante todo, por un cambio espiritual de las personas. Vale aclarar que este foco espiritual, esta revolución espiritual que plantea Mounier, no es una cuestión de unos hippies bienintencionados. Como dijimos, su misma vida y testimonio dan cuenta que no es una salida fácil ni simplona: Mounier, durante el régimen de Vichy estuvo preso 10 meses por ser considerado uno de los líderes espirituales de la resistencia. Citando a Mounier:

No hay ninguna proporción entre la totalidad de nuestra obra y sus coordenadas propiamente políticas. Lo político puede ser urgente, pero está subordinado. El punto al que se dirigen nuestras más amplias miras no es la felicidad, el confort, la prosperidad de la ciudad, sino la realización espiritual del hombre. Si perseguimos el bien político no es por la ilusión que nos va a asegurar una vida sin riesgos, sin sufrimientos y sin sed. Nuestra acción política es pues el órgano de nuestra acción espiritual, y no a la inversa³.

Y en otro pasaje, más explícito respecto a la conversión del corazón: Se quiere que la revolución sea el deslumbramiento rojo y en llamas. No, la revolución es un tumulto mucho más profundo.

3 Emmanuel Mounier, “Revolución personalista y comunitaria”, en *El Personalismo. Antología esencial*, Sígueme, Salamanca, 2014; p. 35.

Metavóiete: cambiad el corazón de vuestro corazón y, en el mundo, todo lo que él ha contaminado⁴.

La revolución más profunda no es la que ocurre con bombas y destronamientos, sino la que ocurre en el corazón de la persona. Es algo verdaderamente revolucionario, que, al mismo tiempo, devuelve la confianza al tejido social, por una mirada renovada de uno mismo y del otro. ¿No es, acaso, la confianza, lo que mueve los mercados? ¿No es la confianza la que construye alianzas políticas? El cambio espiritual, entonces, da respuestas profundas a las necesidades planteadas a quienes defienden a ultranza el Estado o el Mercado.

Aportes para nuestro presente

Volviendo nuestra mirada al presente, también hoy escuchamos sonidos de guerra. También nos encontramos con totalitarismos, algunos políticos, pero también encontramos totalitarismos culturales, principalmente de izquierda, con pretensiones transnacionales. La agenda cultural de la izquierda, a través de organismos transnacionales ha ganado terreno las últimas décadas, tanto en lo cultural como en lo político y jurídico a través de diversos tratados internacionales.

Como ya señalamos, estos últimos años se ha contrarrestado esta tendencia con una incipiente derecha cultural, la cual viene llevando adelante lo que muchos referentes denominan una “batalla cultural”. Esta batalla cultural va ganando terreno principalmente desde su vertiente liberal, y va permeando cada vez más en la sociedad, develando incongruencias y fracasos que la izquierda ha tenido las últimas décadas. Voces que, como se ha señalado,

4 Emmanuel Mounier, “Revolución personalista y comunitaria”, en *El Personalismo. Antología esencial*, Sígueme, Salamanca, 2014; p. 42.

están por fuera de los medios de comunicación tradicionales, pero que gracias al tono anárquico de las redes sociales pudieron ganar presencia en el debate social, ya sea abriendo los ojos de muchos, ya sea poniendo voz a lo que muchos ya pensaban. Personalmente me encuentro entre ellos, y miro con agrado este contrapeso cultural; ante todo —y más allá de las creencias personales— por las pretensiones totalitarias que la izquierda viene mostrando a nivel global con sus distintas agendas.

Sin embargo, deseo señalar que, aun siendo valiosa esta batalla cultural, considero que no es suficiente. Es necesario dar ese paso extra que nos propone Mounier: la revolución espiritual. Es más, la batalla cultural, si no tiene un arraigo espiritual, va a ser una oportunidad perdida.

¿A qué me refiero con esto?

Si a la cultura e ideología de izquierda la batallamos con una contracultura de derecha, le estamos generando un contrapeso que se encuentra en el mismo nivel. Damos contra-argumentos de derecha a los argumentos de izquierda. Es batallar en el nivel de las ideas, aspecto valioso —insisto—, pero no suficiente. Es enfrentar a una ideología con una contra-ideología. Ahora bien, contrarrestar una izquierda cultural con una derecha cultural es entrar en el juego dialéctico del marxismo, el cual sostiene un progreso y evolución a través de la lucha de clases, que no es otra cosa que la dialéctica hegeliana de corte materialista. Entrar en esa lucha, en esa batalla, es entrar en el juego marxista. Y entrar en el juego dialéctico, creo, es darle la razón —al menos en parte— al marxismo. Es entrar en un juego con reglas ajenas, lo cual nos lleva a perder de entrada, antes de comenzar el juego o la batalla.

La mejor manera de enfrentar al marxismo no es entrar en su juego, sino trascender sus bases materialistas. Es cambiar radical-

mente la lógica, no entrando en una lucha dialéctica que se mueva en el mismo nivel, sino cambiar radicalmente las reglas del juego. Eso implica movernos con otros encuadres que no se limiten al plano meramente material.

Al materialismo no se lo vence con otro materialismo, sino —como decía Mounier— con una primacía de lo espiritual y una técnica de los medios espirituales⁵.

Pero acá aparece una pregunta clave: ¿qué espiritualidad? Los límites que veo de esta batalla cultural consisten en que es una batalla que la lleva principalmente la derecha de corte liberal. Y la sociedad no va a encontrar en ese liberalismo los medios suficientes para contrarrestar al materialismo marxista con una revolución espiritual. Hace poco escuché a algunos de estos pensadores de derecha decir que el liberalismo, por sí mismo, no alcanza; que necesitamos redescubrir nuestras raíces cristianas para poder defender la vida, la libertad y la propiedad. Bienvenida sea esa mirada. Que “la empiecen a ver” también los liberales.

Aquí se abre el segundo punto que denunciaba Mounier en su época: el individualismo. Esta característica es, junto con el materialismo, el otro de los dos grandes males de la sociedad

5 Jean-Marie Domenach, *Mounier según Mounier*, Laia, Barcelona, 1973; p. 109: *Esprit está a la busca de una “técnica de los medios espirituales”, que rompa con las pequeñas tretas de los tácticos de la política: no violencia, tanto como sea posible, servicio permanente a la verdad, desmixtificación y educación dondequiera que sea posible formar hombres: prensa, escuela, familia, sindicato, iglesia, etc.; poner en todos los órganos vitales, hoy esclerotizados, de la civilización decadente, los gérmenes y los fermentos de una civilización nueva. Esta acción de infiltración, de pedagogía y de testimonio tiene una condición previa: la ruptura real de cada uno con el desorden establecido, y una conversión continuada de toda la persona solidaria —palabras, gestos, principios— en la unidad de un mismo compromiso. Para hacer la Revolución hay que empezar por revolucionar a los revolucionarios.*

contemporánea. Este enfoque de Mounier también nos muestra algo de cómo debe ser esa revolución espiritual: no puede ser algo individualista o solipsista; no es una espiritualidad *new age* que endiosa al individuo, sino una verdadera espiritualidad cristiana que, cuando se vive bien, trasciende el individuo y se abre a los otros. Es una espiritualidad que se convierte en caridad activa⁶. El personalismo comunitario de Mounier no concibe la realización de la persona de manera aislada; y por eso, la espiritualidad del hombre no se realiza porque la persona se convierta en un poco más reflexiva, que medite un poco y ya. Cuando decimos que la persona es un ser que se realiza con otros, decimos que se plenifica al darse.

Esta mirada saca al hombre de su encierro individualista. Y abre a responder interrogantes que todo hombre se hace, y que la cosmovisión liberal no termina de responder. Porque el hombre no es meramente un ser que necesite “algunas garantías” y medios para el consumo de bienes y servicios. Sin duda estas cosas son necesarias, pero no son suficientes. Y esta insuficiencia, si no se escucha, puede truncar el viraje de la batalla cultural planteada.

No mueve a los hombres únicamente el bienestar al cual pareciera acceder con una sociedad de libre mercado. No alcanzan esos bienes materiales, así como no alcanza al hombre si esos bienes materiales se consiguen por imposición y redistribución. Ante el marxismo, el hombre necesita libertad y espiritualidad. Ante el liberalismo, el hombre necesita justicia y trascendencia.

6 Mounier buscaba ese (...) rigor espiritual frente a los dos errores tan corrientes de los católicos ante el mundo político: por una parte, el peligro de huir de la realidad concreta y, creyendo ‘elevarse’ al plano espiritual, satisfacerse en una especie de dogmatismo solemne y dogmatizante; por otra parte, el de identificar los valores eternos cristianos con las soluciones históricas. Carlos Díaz, Emmanuel Mounier. *Un testimonio luminoso*; p. 29.

¿Mueve a la sociedad el bienestar material? ¿Mueve a la lucha una condición económica, como el ganar determinados puertos, comercios o derechos?⁷ Solo el alma lucha, busca... solo el alma es la que será saciada. Las respuestas no van a encontrarse en el baile de los opuestos. No se sacia el alma por una justicia materialista e ideologizada, ni por una mera libertad de impuestos ante una compraventa. Debemos cuidarnos de lo colectivismos que alienan nuestras sociedades, pero también de los individualismos autosuficientes y hastiados que no sacian el corazón humano.

Conclusión

Más de una vez escuché, de quienes llevan adelante esta batalla cultural, que históricamente la izquierda estaba asociada a las clases bajas y que hoy está más vinculada a las clases altas. Y es cierto. Pero este dato “cuasi fáctico” —cuasi porque no tengo estadística, pero sí lo percibo—, ¿a qué se debe? Eso muchas veces no

7 Refiere Chesterton, con su clásica ironía, algo similar sobre el materialismo económico como motor de la historia: *Para el dinero no se habrían encontrado ni tres docenas de cristianos capaces de dejarse comer por los leones, a razón de cincuenta chelines por hora, por la razón manifiesta de que el mártir no se compra. Sin embargo, el político que se dice realista no teme, adherido obstinadamente a su teoría, abrir las más extrañas perspectivas. A creerle, es normal y natural que un soldado diga: ‘Mi pierna está casi rota; pero no importa. Marcharé hasta que no pueda más, porque después de esto mi gobierno y yo obtendremos las ventajas de un puerto de invierno en el Golfo de Finlandia’. El primer pensamiento de un padre de familia, que está en primera línea, será el siguiente: ‘Si sufro un ataque de gases, es muy fácil que muera en él; pero es un consuelo pensar que si alguna vez quisiera ser pescador de perlas en los mares del Sur, me sería fácil hacerlo de aquí en adelante’.*

La teoría materialista de la historia es la más increíble de todas las historias, aun de todas las novelas. Las guerras comienzan como pueden; pero no duran sino por designios del alma, por un sentimiento próximo a la religión. Enfrente de la muerte, el hombre se encara con lo absoluto, y no con intereses complicados y lejanos que la muerte va a resolver. G. K. Chesterton, *El hombre eterno*, Club de Escritores, Buenos Aires, 1987; p. 166.

se explica. Aquellos que se han beneficiado del acceso a bienes y servicios encuentran en el liberalismo un individualismo que les provee bienes materiales, pero no los fortalece espiritualmente. Y el corazón humano anhela más: no le alcanza con la oferta liberal. Cuando no encuentra las suficientes respuestas, encuentran a mano algo más “espiritual” y “trascendente”: un criterio de justicia. Ideologizado y erróneo —como el que propone la izquierda—, pero búsqueda de justicia al fin. Y por eso muchos se han volcado a una izquierda cultural. No podemos atribuir el éxito de Gramsci únicamente a su estrategia. Esta estrategia nunca hubiera tenido éxito en una sociedad fortalecida espiritualmente⁸.

Creo que, en medio de estos desafíos, la figura de Mounier sigue siendo luminosa para un Occidente que salga de su agonía cultural, y sobre todo, espiritual. La batalla cultural, además del debate y la apologética, debe nutrirse de una espiritualidad. En palabras de Mounier:

Es la calidad de nuestro silencio interior el que hará resplandecer nuestra actividad exterior, la acción debe nacer de la sobreabundancia del silencio⁹.

8 Esos valores trascendentes no los ha sabido transmitir del todo una Iglesia que, muchas veces, también ha estado ideologizada. En fin, hay muchas aristas en juego y esto da para mucho más. Pero no me ocuparé de eso aquí.

9 Emmanuel Mounier, “Revolución personalista y comunitaria”, en *El Personalismo. Antología esencial*, Sígueme, Salamanca, 2014; p. 46. *El hombre necesita de una espiritualidad que no lo aisle de las causas temporales en las que está sumergido, sino que le dé la libertad para comprometerse por entero en esa acción, sin que su persona y su vida queden reducidos a una acción o causa temporal.*

María Fernanda Villalobos

Cambiar para permanecer

Recuerdo perfectamente el temor con el que le pregunté a mi tutora de tesis si no me estaba metiendo en terreno peligroso con mi investigación. Ella me dijo que sí, pero que lo único que había que manejar eran las palabras que usaríamos para disminuir el riesgo tanto como fuera posible.

Fue entonces cuando caí en cuenta de una cosa que nos dijo un profesor en el primer semestre: estudiar Ciencia Política en Venezuela es hacerlo en el caldo de cultivo. En el lejano 2019 aquella frase parecía tener significado. Pero en 2025 entendí el signifi-
cante. Ese caldo de cultivo podía convertirse en tu mejor insumo o en tu peor pesadilla. Y esa era la cuerda floja en la que decidí caminar en mi último año de carrera.

Cuando pienso en lo que me motivó a seguir esa ruta —que es una ruta que tuve que justificar(me) muchas veces— lo primero que me viene a la mente es que necesitaba graduarme pronto, y para graduarme pronto necesitaba hacer una tesis (en una carrera en la que este no era un requisito oficial). Pero cuando lo pienso más detenidamente, eso no responde la pregunta de verdad: por qué elegí complicarme la vida estudiando ese tema.

Quizás porque muchas veces sentí que estábamos superocupados analizando lo que hacíamos mal como oposición y estábamos descuidando los intentos por comprender qué sostenía realmente al chavismo. Quizás porque quería entender cómo sobrevive un proyecto político cuando todo parece empujarlo hacia el desgaste. O quizás porque, aunque todavía no lo sabía, intuía que los proyectos políticos también hablan a través de sus símbolos.

Elegí estudiar al chavismo en uno de los años con mayor persecución política. Elegí revisar las transformaciones del lenguaje revolucionario en el mismo año en que tuve que salir de mi casa porque no parecía seguro permanecer allí. Y mientras personas muy queridas me decían lo fuerte que era por hacerlo, la verdad es que lo menos que sentía era valentía. Simplemente había que remar. Había que nadar. Había que seguir.

Mi tesis —la primera de su tipo en la Escuela de Estudios Políticos y Administrativos de la UCV— estudió las transformaciones del lenguaje revolucionario de Nicolás Maduro entre 2013 y 2023¹. Cómo su discurso se radicalizaba a medida que se profundizaba la crisis. Cómo cambiaban sus símbolos. Cómo cambiaba su imagen. Cómo se alejaba del fantasma de Chávez cuando necesitaba construir identidad propia y cómo volvía a él cuando la situación se complicaba. Pero sobre todo, estudiaba algo más importante: que el lenguaje no acompañaba la política. El lenguaje era política.

1 María F Villalobos, “Lenguaje y crisis política: La transformación del discurso revolucionario durante el gobierno del presidente Nicolás Maduro, período 2013-2023” (tesis de pregrado, Universidad Central de Venezuela, 2025), https://www.academia.edu/164889218/LENGUAJE_Y_CRISIS_POL%C3%8DTICA_LA_TRANSFORMACI%C3%93N_DEL_DISCURSO_REVOLUCIONARIO_DURANTE_EL_GOBIERNO_DEL_PRESIDENTE_NICOL%C3%81S_MADURO.

Los proyectos políticos hablan incluso cuando creen que solo están comunicando. Hablan a través de colores. Hablan a través de símbolos. Hablan a través de quién aparece y quién desaparece. Hablan incluso a través de lo que intentan dejar de parecer.

Por eso, una de las primeras cosas que revisé durante la investigación —aunque no era parte del trabajo— fue la transformación de Somos Venezuela.

En 2017 Nicolás Maduro anunció el lanzamiento del movimiento². En enero de 2018 se anunciaba su legalización³ y en febrero Delcy Rodríguez renunciaba a la militancia del PSUV⁴ para asumir la Secretaría General de una organización distinta, aunque alineada políticamente con el proyecto oficialista. En aquel momento podía parecer una reorganización más dentro del ecosistema chavista. Una diversificación o ampliación.

Pero visto en retrospectiva, quizás también era otra cosa.

Mientras el PSUV seguía siendo rojo rojito, Somos Venezuela comenzaba a hablar otro idioma visual. Más colores. Una imagen más pulida. Una estética menos asociada al chavismo original. No

2 Ministerio del Poder Popular de Economía y Finanzas, “Pdte. Maduro lideró el lanzamiento del Movimiento Somos Venezuela,” 12 de junio de 2017, <https://www.mppef.gob.ve/pdte-maduro-lidero-el-lanzamiento-del-movimiento-somos-venezuela/>.

3 María Victoria Fermín Kancev, “Maduro decide legalizar el ‘Movimiento Somos Venezuela’ como partido político,” Efecto Cocuyo, 27 de enero de 2018, <https://efectococuyo.com/politica/maduro-decide-legalizar-el-movimiento-somos-venezuela-como-partido-politico/>.

4 Agencia Anadolu, “Líder de la constituyente venezolana renunció al partido oficialista,” 7 de febrero de 2018, <https://www.aa.com.tr/es/mundo/1%C3%ADder-de-la-constituyente-venezolana-renunci%C3%B3-al-partido-oficialista/1057299>.

abandonaban completamente el relato fundacional. Lo reempaquetaban.

Y quizás esa sea una de las cosas más difíciles de leer cuando uno está demasiado cerca del momento histórico: no todos los cambios anuncian su importancia en voz alta. Algunos aparecen como decisiones administrativas, como movimientos tácticos, como pequeñas reorganizaciones internas. Pero con el tiempo uno empieza a sospechar que ciertas formas también funcionan como laboratorios.

Somos Venezuela no fue solamente una tarjeta, un color distinto o una operación coyuntural. Fue, al menos visto desde hoy, un ensayo de plasticidad política. Una prueba de que el chavismo podía intentar ensanchar sus bordes sin romper del todo con su centro. Podía seguir diciendo Chávez, pero decirlo de otra manera. Podía seguir reclamando herencia revolucionaria, pero presentarla con otra textura. Podía conservar el núcleo de poder mientras experimentaba con otra forma de mostrarse.

Tal vez eso era lo que me interesaba sin saberlo todavía: no el cambio como ruptura, sino el cambio como permanencia. La capacidad de una estructura de poder para modificar su superficie sin abandonar aquello que la sostiene.

Las señales estaban allí, los *red flags* existían, pero como suele pasar en ciencias sociales, uno muchas veces reconoce los patrones con más claridad cuando mira hacia atrás.

Mi tesis no fue sobre los Rodríguez. Pero sí me dejó una certeza metodológica que hoy vuelve a parecerme relevante: los cambios simbólicos rara vez son superficiales. Y eso nos trae al debate de estos últimos meses. Como le dijo Ricardo del Búfalo a

Paola Bautista de Alemán en una entrevista para la Revista *Democratización*⁵: la gente no es pendeja.

Y esa frase, que puede sonar demasiado coloquial para este texto, encierra una verdad más seria de lo que parece. Las sociedades aprenden a leer el poder. Lo hacen con herramientas imperfectas, con intuiciones, con humor, con cansancio, con rabia, con memoria. Pero lo hacen.

En Venezuela, además, esa lectura se ha vuelto casi una forma de supervivencia. Durante años hemos aprendido a interpretar gestos mínimos: quién aparece en una foto, quién deja de aparecer, qué palabra se repite, qué consigna desaparece, qué color se abandona, qué tono se suaviza, qué enemigo deja de nombrarse. En contextos autoritarios, la política rara vez se entiende solamente por lo que se anuncia oficialmente. Muchas veces se entiende por lo que se filtra en los bordes.

Por eso el humor político no es solamente entretenimiento. Es también una forma de inteligencia colectiva. Un modo de procesar lo que todavía no tiene nombre. Un mecanismo para decir, antes de que aparezca el análisis formal, que algo se está moviendo.

Cada meme existe porque hay personas observando comportamientos. Leyendo conversaciones. Encontrando patrones. Hay científicos sociales estudiando procesos políticos. Hay equipos revisando tendencias digitales. Hay taxistas diciendo verdades que terminan convirtiéndose en conversación nacional. Hay una ciudadanía que ya no consume la política solamente a través de

5 Paola Bautista de Alemán, “Ricardo del Búfalo: «La cultura debe interpe-
lar a la sociedad»”, *Democratización* (Red FORMA), 18 de marzo de 2022, 73,
[https://red-forma.com/wp-content/uploads/2025/08/Democratizacion-
18-marzo-22.pdf](https://red-forma.com/wp-content/uploads/2025/08/Democratizacion-18-marzo-22.pdf).

ruedas de prensa o titulares. Hoy la política ocurre en TikTok. En WhatsApp. En un live improvisado. En contenido generado por usuarios. Y cuando miles de personas empiezan a notar las mismas cosas al mismo tiempo, probablemente vale la pena mirar con atención, porque Delcy Rodríguez no cambia por casualidad.

Lo que a Nicolás Maduro le tomó una década construir —ese desplazamiento progresivo desde una narrativa revolucionaria clásica hacia una comunicación más pragmática, más flexible y menos dependiente de la liturgia original— a Delcy Rodríguez le ha tomado apenas meses.

Lo primero que pensé cuando empecé a ver estos cambios fue que quizás estaba viendo demasiado. Que después de pasar un año estudiando símbolos, lenguaje político y construcción discursiva, uno empieza a encontrar patrones donde no los hay. El equivalente politológico a buscar síntomas en Google y convencerse de que uno tiene una enfermedad terminal. Pero después seguían apareciendo cosas. Y seguían apareciendo rápido. Demasiado rápido.

Nueva estética. Nuevos tonos. Nuevos énfasis. Nuevas palabras. Nuevas prioridades. Un discurso menos anclado a la revolución permanente y más orientado hacia la estabilidad, la gestión y la normalidad. Una imagen política menos construida desde la confrontación ideológica y más cercana a algo que antes hubiese sido difícil imaginar dentro del chavismo.

Lo que estamos viendo no es solamente un cambio comunicacional. Estamos viendo al poder cambiar de piel. Y cambiar de piel no significa cambiar de naturaleza.

En nuestro caso significa precisamente lo contrario: desprenderse de una forma que ya no sirve para conservar mejor aquello

que se quiere proteger. Los animales mudan de piel para crecer, para sobrevivir, para adaptarse a un entorno que les exige otra superficie. El poder, a su manera, también lo hace.

Por eso la imagen es tan inquietante. No estamos viendo una conversión democrática, ni una rectificación moral, ni una renuncia al impulso autoritario. Estamos viendo una operación más ambigua: una transformación de la apariencia para administrar mejor una nueva etapa. Una piel menos estridente, menos roja, menos épica, menos revolucionaria en su superficie. Pero no necesariamente menos autoritaria en su fondo.

Lo verdaderamente peligroso de ciertas mutaciones políticas no está en que oculten completamente lo que son, sino en que logren hacerlo suficientemente familiar, suficientemente digerible, suficientemente “normal” como para que una parte de la sociedad empiece a convivir con ellas sin terminar de nombrarlas.

Mi investigación estudiaba cómo Nicolás Maduro había transformado progresivamente su lenguaje político a medida que cambiaban sus necesidades políticas. Cómo aparecían y desaparecían símbolos. Cómo cambiaban prioridades comunicacionales. Cómo el discurso revolucionario se endurecía o flexibilizaba dependiendo del momento político.

Pero había algo más. El lenguaje no era únicamente una forma de comunicar decisiones políticas. Era una herramienta para construir legitimidad. Para retomar control. Para orientar la conversación pública. Para que la sociedad recibiera —consciente o inconscientemente— aquello que el poder necesitaba que recibiera. Porque el lenguaje no solamente describe la realidad. También la moldea. La organiza. La jerarquiza. Le dice a las personas qué importa, qué no importa, qué amenaza existe, qué

problema merece atención y qué problema debe desaparecer del radar.

A veces cambia las palabras, a veces los símbolos, a veces la estética. Y a veces cambia todo eso al mismo tiempo. Por eso —y lo digo a riesgo de verme como el meme de Charlie Day con su tablero e hilos rojos— siempre me ha costado creer en las casualidades cuando se trata del poder. Y menos todavía cuando se trata de sistemas políticos que han demostrado una enorme capacidad de adaptación —o como lo ha denominado Juan Miguel Matheus, resiliencia autocrática⁶— para sobrevivir.

Lo que estamos viendo hoy no parece solamente una transformación comunicacional. Parece un intento de producir una nueva lectura de la realidad. Porque cuando una autocracia necesita sostenerse en una nueva etapa política, también necesita construir nuevos marcos de legitimidad. Necesita nuevos lenguajes. Nuevos símbolos. Nuevos interlocutores. Y nuevas formas de explicarse a sí misma.

Quizás por eso hay algo en esta etapa que resulta familiar. No porque ya se hubiera visto antes exactamente igual. Sino porque hay una lógica detrás del mecanismo. Durante años el chavismo construyó legitimidad política desde la épica revolucionaria,

6 Juan Miguel Matheus, entrevista por María F. Villalobos, 14 de junio de 2025, transcripción en: María F. Villalobos, “Lenguaje y crisis política: La transformación del discurso revolucionario durante el gobierno del presidente Nicolás Maduro, período 2013-2023” (tesis de pregrado, Universidad Central de Venezuela, 2023), Anexo D, https://www.academia.edu/164889218/LENGUAJE_Y_CRISIS_POL%C3%8DTICA_LA_TRANSFORMACI%C3%93N_DEL_DISCURSO_REVOLUCIONARIO_DURANTE_EL_GOBIERNO_DEL_PRESIDENTE_NICOL%C3%81S_MADURO

desde Chávez, desde la confrontación y la construcción permanente de enemigos.

Pero los sistemas políticos no sobreviven décadas enteras sin aprender a adaptarse, y los autoritarismos tampoco. Los sistemas de poder cambian cuando cambian sus incentivos. Cuando necesitan nuevas legitimidades, aliados, públicos, formas de producir estabilidad. Y quizás ahí está la pregunta importante. No es solamente qué está cambiando, sino por qué necesita cambiar ahora.

Cuando el lenguaje cambia aceleradamente, cuando cambian los símbolos, cuando cambian las formas y cuando cambian las prioridades comunicacionales, muchas veces no estamos viendo solamente un cambio narrativo. Estamos viendo una adaptación política.

Y allí aparece la capa más difícil de mirar sin incomodidad: las autocracias no se adaptan en abstracto. Se adaptan a incentivos concretos.

A veces esos incentivos vienen de una sociedad agotada que ya no responde igual a los viejos códigos de movilización. A veces vienen de una economía que necesita prometer orden aunque no pueda ofrecer justicia. A veces vienen de actores internacionales dispuestos a privilegiar la estabilidad. Y a veces vienen de todo eso al mismo tiempo.

Por eso no basta con decir que el relato cambió. Hay que preguntarse qué condiciones hicieron rentable ese cambio. Qué públicos nuevos intenta seducir. Qué costos intenta reducir. Qué conversación busca desplazar. Qué parte de la realidad necesita volver aceptable.

La pregunta ya no es si el chavismo —o el Rodrigato— está cambiando. La pregunta es qué necesita sobrevivir detrás de esta nueva piel, porque el poder rara vez cambia únicamente para transformarse. Muchas veces cambia para permanecer.

Daniel Yabrudy

La rebelión de los pensantes

La distracción como amenaza totalitaria

La verdad está bajo ataque. Hoy en día los enemigos de la democracia utilizan un arma sutil: la distracción y la polarización para desdibujar la verdad, es decir, para relativizarla, vaciarla de valor.

Los enemigos de la democracia nos quieren abrumados en levedad. Para lograrlo, explotan nuestras ansias de dopamina, esa sensación de satisfacción que sentimos al lograr algo valioso, solo que en este caso promueven la satisfacción sin logro alguno. Es una ilusión. Este elemento natural está siendo corrompido y encauzado hacia la distracción y, por ende, el debilitamiento de una ciudadanía pensante y activa. Esta adicción está centrada en la novedad, el miedo a sentir que nos estamos perdiendo de algo (*fear of missing out*), y en el entretenimiento de baja calidad. Esta levedad está dominando el tiempo y las mentes de la sociedad actual.

Los enemigos de la democracia quieren dominar nuestras emociones. Otra herramienta para nublar mentes, generando adictos a la pantalla, es la narrativa polarizante. Es el elemento que

permite capturar la atención y llevarla a conclusiones irracionales donde gobiernan las emociones desmedidas. La estrategia polarizante se basa en relativizar los hechos, planteándose desde una perspectiva que active esa sensación de “todo o nada”. La relativización a través de la polarización está nublando nuestras emociones. No sentimos adecuadamente. La propaganda disfrazada de canal informativo manipula la compasión a través de falsa empatía y transforma la sed de justicia en odio. Esta estrategia no busca informar sino desarticular a la sociedad.

Los enemigos de la democracia quieren adueñarse de nuestros espacios de silencio. La capacidad de desarrollar una mente crítica y pensante está en peligro pues nos encontramos en un ambiente precisamente hostil al pensamiento. Nuestras mentes han sido robadas de espacios de reflexión gracias a la tiranía del ruido. Este ambiente está plagado de artimañas que buscan adueñarse de nuestra atención a través de contenido que, irónicamente, nos deja vacíos.

Finalmente, los enemigos de la democracia pretenden hacerse del poder político disminuyendo el poder ciudadano, valiéndose de una gente distraída, irracional y atomizada; una sociedad distraída como la herramienta ideal del tirano. Es decir, la búsqueda de consensos democráticos es desplazada por la relativización y el enfrentamiento entre grupos totalmente desinformados e incapaces de generar acuerdos. Una sociedad adormecida por las distracciones y radicalizaciones del celular es fácilmente manipulable.

¿“Tu verdad” o “mi verdad”?

La verdad es objetiva. Tiene su fundamento en hechos y realidades que trascienden opiniones. La verdad es coherente. Estos hechos objetivos, por muy complejos que sean, no se contradicen,

más bien nos dan la oportunidad de comprender el sentido de la realidad. En este sentido, la verdad es exigente. Esta búsqueda no es simplona, requiere esfuerzo intelectual y emocional, por lo que la humildad es un pilar de aquel que está tras la verdad. No se doblega la verdad ante la agenda personal, sino que es de sabios dejar que la verdad forme nuestro criterio y carácter. Por último, la verdad sienta las bases del pacto social duradero. Aquella sociedad que se tome a sí misma con seriedad, con visión de futuro y con ambición de prosperidad, no puede construirse sobre lo relativo sino sobre la fortaleza que da la verdad.

En cambio, el relativismo es subjetivo. En su afán por la igualdad, el relativista dictamina que dos culturas con valores diametralmente opuestos pueden estar en lo correcto. Si cada quien tiene su verdad, la subjetividad es la norma. El relativismo es incoherente. Si no existen verdades universales que provean un hilo conductor a la experiencia humana, resulta imposible sostener que la verdad sea relativa. Por último, el relativismo es tiránico, pues impone su visión para definir la realidad y no se ciñe a ella para formar su visión. Esta tiranía naturalmente deriva en una sociedad sin capital social, sin la habilidad de debatir ideas en la búsqueda de la buena vida. Al final, “tu verdad” y “mi verdad” indican que “no hay verdad”. Por lo tanto, el relativismo resulta ser el camino del despropósito, el vacío y el caos.

La rebelión de los pensantes

No es poca cosa. El relativismo es una amenaza contra la sociedad pensante, el libre debate y la libertad. Esta tiranía del relativismo debemos enfrentarla con la rebelión de los pensantes.

Cuando la atención es escasa y múltiples intereses están luchando por apoderarse de nuestra mente, la búsqueda de la verdad disminuye drásticamente. En un clima de polarización,

importa más tener la razón que estar en lo correcto. Importa más doblegar la conciencia ante el relativismo que ceñirse a la verdad pues, de lo contrario, las consecuencias pueden ser graves. Quien busca la verdad, por definición se enfrenta al absolutismo moralista actual y, por ende, enfrenta el ser cancelado, aislado, o peor.

Pero esta lucha vale la pena. Proteger nuestra mente, hoy en día, es un acto de rebeldía. Dedicarnos a la profunda reflexión, a cultivar un estado de alerta intelectual y espiritual nos hará ciudadanos con mayor poder y mayor discernimiento.

Esto resulta profundamente reconfortante. Esta batalla por el corazón de nuestra sociedad y país no requiere de armas sino de mentes y almas fortalecidas contra la amenaza totalitaria y con la convicción de que juntos es posible construir un país grande y soberano. Es posible que ciudadanos armados de valor, convicción, y esperanza derroten las estrategias del relativismo totalitario y sean capaces de crear un acuerdo hacia la libertad y el progreso.

La crisis de identidad en la era relativista

Los consensos más duraderos y exitosos son aquellos contruidos sobre la base de la verdad. Hace 250 años se fundó una nación, que hoy es de las democracias representativas ininterrumpidas más duraderas, sobre el entendimiento de la verdad. El texto fundacional de los Estados Unidos de América dice: *Sostenemos como verdades evidentes por sí mismas que todos los hombres son creados iguales, que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, entre los cuales se encuentran la Vida, la Libertad y la búsqueda de la Felicidad* (Declaración de independencia de los EE.UU. adoptada el 4 de julio de 1776). Esta convicción ha sido pilar de la identidad de todo un país que ha atravesado y sigue enfrentando grandes retos.

Este país actualmente enfrenta una crisis de identidad donde el relativismo ha jugado un papel crítico. Fundado con la idea de un “Creador” del cual provienen derechos inalienables, hace décadas los EE.UU. está padeciendo las consecuencias de un posmodernismo con particular inclinación anticristiana (por naturaleza el posmodernismo se enfrenta a toda metanarrativa). El empeño de diversos grupos, incluyendo segmentos de la academia, ha sido desintegrar el metarrelato que ha producido una idea unificadora de nación.

¿Cuál ha sido la propuesta para suplantar el metarrelato fundacional de los EE.UU.? El relativismo. La noción de que la verdad no puede ser absoluta ni objetiva, y que ha sido empleada como instrumento de dominación. Sí, el relativismo y las narrativas victimistas van de la mano. Puntualmente, la visión relativista busca sustituir la identidad nacional basada en una historia rica en valores y convicciones, por la identidad de grupo basada en la opresión y lucha de clases o grupos sociales y étnicos. De esta forma cada persona pierde su arraigo y se aísla en su caja de resonancia polarizante.

¿Qué es una mujer?

Un ejemplo es el relativismo de género. El entendimiento general por siglos ha sido que solo existen dos géneros, femenino y masculino, y que esta es una verdad autoevidente por razonamiento empírico, estudio científico y revelación divina actuando en armonía. En cambio, relativistas han querido separar el sexo del género. Estos exponen que el ser humano nace con un sexo dado por mero chance el cual no define su género. Más bien, cada persona puede (¿o debe?) definir su género de acuerdo a su *sentir* particular. Es decir, el individuo no tiene por qué ceñirse a la realidad empírica, mucho menos al metarrelato fundacional de la civilización occidental, sino que debe descubrir quién es solo dentro

de sí mismo. Esta es probablemente la arrogancia en su máxima expresión con consecuencias lamentables. Es una imposición tiránica donde cada quien es su propio dios y su fuente de verdad.

El daño a la sociedad y a la cultura está en cuán dislocada está esta ideología de la realidad. Por ejemplo, cuando el hombre que decide percibirse como mujer participa en deportes femeninos, el choque es inevitable por razones inseparables entre el sexo y el género. Actualmente este ha sido un debate que, impensable hasta antes del siglo XX, ha llegado a la Corte Suprema de los EE.UU. y donde en múltiples ocasiones se ha reafirmado el razonamiento tradicional (y lógico): el ser humano solo tiene dos géneros, femenino y masculino, y los hombres no pueden invadir deportes de mujeres.

Este no resulta ser un mero debate filosófico. Más bien, es la demostración del impacto que tienen las ideas en el día a día. Estar en desacuerdo con el relativista generalmente resulta en condena social o política, y si el relativista es gobernante de turno, puede resultar en persecución. He aquí que el relativismo, al huir del debate racional y democrático, sirve de fundamento para la tiranía. Sirve a los tiranos sociales que defienden la identidad de grupo por encima del pensamiento crítico individual y sirve a tiranos dictatoriales para persecución política bajo la bandera de la paz y la lucha contra el odio. Hasta ese punto es posible llegar, a relativizar el odio. No existe un entendimiento objetivo de lo que es odiar a otro, no existe metarrelato que lo explique, no existe conciencia que lo valide, solo está la narrativa ideológica donde todo aquel que esté en desacuerdo con una idea, odia a la persona.

Ante la amenaza antidemocrática del relativismo, es deber ciudadano con carácter de urgencia el dedicarnos a pensar; pensar como práctica intelectual y espiritual que fortalezca nuestra acción ciudadana. Debemos dedicarnos a pensar no solo de

manera individual sino en conjunto, sin miedo al desacuerdo, discutiendo y debatiendo ideas, reforzando nuestra cultura democrática. Es deber hacer esto cara a cara y no solo en redes sociales bajo pseudónimos y anonimato. También es deber fortalecer nuestras defensas contra las distracciones que pretenden embrutecer y las falsas dicotomías que buscan polarizar y aislar. Hoy, es deber ciudadano impulsar la Rebelión de los Pensantes, nutriendo a nuestra sociedad de cultura democrática, reflexión y profundo amor por la verdad.

La rebelión contra la epidemia de distracción

La cultura del relativismo florece en el suelo fértil de una sociedad con la atención fragmentada. Dicha sociedad es incapaz de analizar con detenimiento y rigor las barbaridades dichas desde el celular o desde el podio presidencial. La buena noticia es que esta rebelión se arma de conocimiento y fortaleza espiritual, se arma de convicción por la democracia, la verdad, la libertad y la dignidad. Mientras a los distraídos se los lleva la corriente del relativismo y en su arrogancia imponen su visión a la verdad, el pensante busca y pone a prueba la roca donde se mantiene de pie, y en humildad vive a través de la verdad. La mala noticia es que, como toda rebelión, estamos bajo ataque. Elegir el camino de mantener la mente y el corazón despiertos es elegir el camino difícil pero aquel que nos brinda mayor sentido de propósito en un mundo distraído.

Una persona distraída no tiene la fortaleza necesaria para influir y apoyar a su comunidad, la de verdad, de carne y hueso que ve todos los días y cuyos nombres quizá no conoce tanto como sí a aquellos usuarios de redes sociales. La mente distraída está constantemente insatisfecha, buscando el nuevo hit de dopamina para sentirse “bien”. Esta persona es fácilmente manipulable y difícilmente aporta valor a su comunidad. Las influencias que

dominan su atención promueven que esta persona desperdicie su más valioso recurso, su tiempo. Es la ironía de verse influenciado por “creadores de contenido” y terminar con una sensación de vacío aún más grande.

Ante esto, el rebelde pensante debe ejercitar la mente y el corazón. Este debe reconocer la astucia de quienes atentan contra su capacidad de pensamiento y erigir las defensas necesarias. Hay una multitud de tácticas para combatir la adicción a la distracción, las cuales es valioso revisar. Sin embargo, de nada sirven mil tácticas sin tener una clara visión y razón de ser. Por esto el rebelde no es solo “rebelde” sino también es “pensante”.

No estamos condenados a vivir en una sociedad tiránica, polarizada y distraída. Esta rebelión empieza en el hogar y sale a las calles con total apertura a discutir ideas cara a cara, desde la academia hasta la junta parroquial. Es una rebelión en contra del despropósito relativista y en pro de construir proyectos valiosos para cada comunidad y defender a nuestra sociedad de la ambición totalitaria. Esta es una rebelión donde nos exigimos como sociedad ser partícipes y no solo espectadores. Es una rebelión donde exigimos ser tratados como gente pensante y responsable, no como meros beneficiarios.

La búsqueda de la verdad es la rebelión más poderosa contra el vacío y el caos relativista, y es la mejor forma de vivir como persona y en sociedad. Es la rebelión de los pensantes.

Autores

■ Rafael Tomas Caldera

Es abogado (Universidad Central de Venezuela), máster en Artes (Notre Dame, 1970) y doctor en Letras por la Universidad de Friburgo (1974). Profesor titular de Filosofía Medieval y Antropología en el Departamento de Filosofía de la Universidad Simón Bolívar. Es miembro de la Sociedad Venezolana de Filosofía y de la Academia Pontificia de Santo Tomás de Aquino.

En su larga trayectoria profesional se desempeñó como director del Centro de Humanidades del Instituto Internacional de Estudios Avanzados (IDEA), jefe del Departamento de Filosofía de la Universidad Simón Bolívar, director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades y miembro principal del Consejo de Apelaciones.

■ Julio Borges Junyent

Político y abogado venezolano, cofundador del partido Primero Justicia. Su trayectoria incluye ser diputado en la Asamblea Nacional de Venezuela durante varios periodos, presidente de dicha asamblea (2017-2018), y Coordinador Nacional de su partido. Posee títulos universitarios de la Universidad Católica Andrés Bello, Boston College y la Universidad de Oxford, y ha sido profesor universitario.

■ Juan Miguel Matheus

Miembro fundador del Instituto *Forma*. Coordinador de la junta de dirección nacional de Primero Justicia. Doctor en derecho constitucional de la Universidad de Navarra

en España. Investigador de la Universidad de Texas en Austin, Estados Unidos. Diputado a la Asamblea nacional 2015 por el estado Carabobo.

■ **Francisco Del Campo**

Lic. en Filosofía (UNSTA) y Coach PCC (International Coach Federation). Consultor independiente, profesor de Teología en la Univ. Austral. Fundador de CLIC (Curso de Liderazgo Cristiano. Herramientas de *Coaching* aplicadas a la vida de fe).

■ **María Fernanda Villalobos**

Miembro del equipo FORMA. Politóloga egresada de la UCV. Obtuvo el premio de investigación 2025 en la UCV por su tesis titulada “Lenguaje y crisis política: evolución del discurso revolucionario de Nicolás Maduro”.

■ **Daniel Yabrudy**

Planificador urbano, egresado de la Escuela de Arquitectura de la USB, Magíster en Gerencia Pública del IESA y Magíster en Planificación Urbana de la University of Southern California. Actualmente Daniel es Gerente del Programa JEDI (*Jobs and Economic Development Incentives*) Zones en la Alcaldía de Los Angeles, California, EE.UU.

Índice

Magnifica humanitas:

una primera lectura

Rafael Tomás Caldera

3

El Césped es Verde:

una rebelión de sentido común

para Iberoamérica

Julio Borges Junyent

19

Posverdad y crisis

de la justicia: del derecho

pilático al derecho orwelliano

Juan Miguel Matheus

30

Una visión general

de Occidente.

Francisco Del Campo

50

Cambiar para permanecer

María Fernanda Villalobos

61

La rebelión de los pensantes

Daniel Yabrudy

71

Autores

79